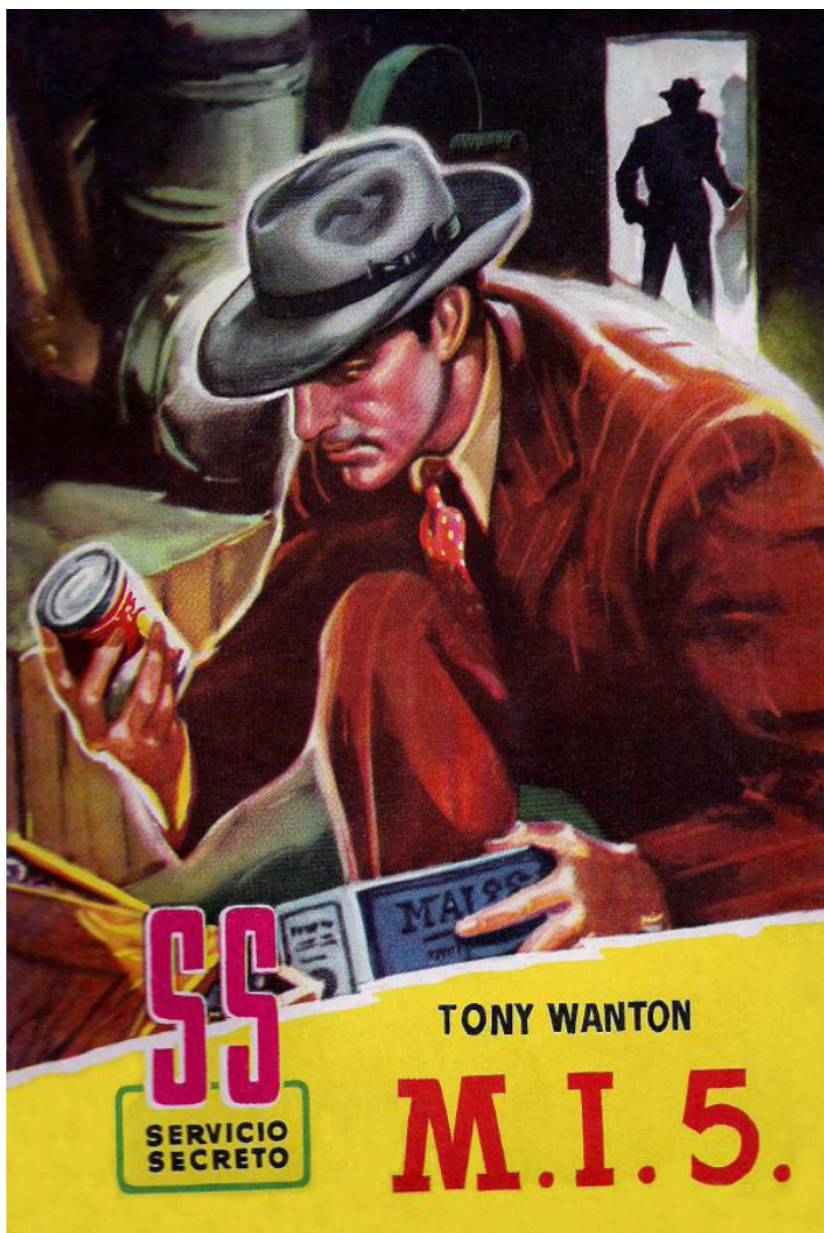




SS

SERVICIO
SECRETO

TONY WANTON

M.I.5.

M.I.5



Tony Wanton

M. I. 5

1.^a EDICION
MARZO - 1954

EDITORIAL

Proyecto, 2 T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

Reservados los derechos
para la presente edición

IMPRESO en
GRÁFICAS BRUGUERA
BARCELONA

M.I.5

**FOR
TONY WANTON**



A mis simpáticos admiradores de Biblioteca «Club», de
Valencia, hasta que se publique la novela «Buscando
fama», que les dedico por entero

T. W.

CAPÍTULO PRIMERO

El motor empezó a fallar de una manera alarmante y el coche se detuvo.

Se había quedado sin gasolina.

Sidney Philby salió del baquet y, prendiendo fuego a un cigarrillo, comenzó a dar chupadas, sin apartar los ojos de la carretera de Kent, por la que se dirigía a la City.

Miró su reloj. Eran las ocho menos dos minutos.

Había llegado al lugar de la cita con dos minutos de adelanto.

Sonrió al pensar que, de haberse descuidado un poco, se habría quedado sin carburante antes de tiempo, e imaginó lo que podría haber creído de él el hombre que le había citado a aquella hora.

Se hallaba en el cruce de la carretera con Kennington, al comienzo de la nueva carretera de Kent y en el punto en que se unían éstas con las de Waterloo y Walworth, respectivamente.

Se cruzaron con él varios coches, cuyos faros le cegaban, mientras seguían la marcha sin detenerse. En ninguno de ellos observó la señal convenida. Miró el reloj de nuevo. Las manecillas apuntaban las ocho. Tiró el cigarrillo con nervioso ademán, y fijó la vista en unos faros que se aproximaban con potente rugido de motor. Los vio apagarse y encenderse en veloz sucesión de tiempo tres veces consecutivas. Salió al encuentro del coche que se acercaba, plantándose en medio de la carretera con los brazos en alto.

Chirriaron los frenos, el coche se detuvo, y Sidney, apartándose de los potentes haces de luz, se acercó al auto a tiempo de ver asomar por una de las ventanillas el brazo de un hombre.

Si alguna duda le hubiera podido quedar, se habría desvanecido ésta. No solamente habían hecho la señal convenida, sino que también respondieron con otra acordada al acercarse él al vehículo.

Llegó a éste, dirigiéndose hacia la portezuela, por cuya

ventanilla vio asomar el brazo. El interior estaba a oscuras.

—Me he quedado sin combustible para llegar a la ciudad —se excusó—. ¿Podría prestarme el que necesito? Le daré un tíquet...

El ocupante habló por la bocina, y el chófer se apeó para cumplimentar la orden que terminaba de recibir. Con una lata en la mano, se dirigió al auto de Sidney.

—Escuche —dijo el misterioso viajero—: vaya al «Swing Club». Alguien se pondrá en contacto con usted. Siga sus indicaciones. La frase es ésta: «Fred, ¿qué te ocurre?». Responda: «No me llamo así». Y le contestarán: «Perdón, creí que era Fred».

—¿Algo más, jefe?

—Nada. ¿Ha traído armas consigo?

—Ninguna, con arreglo a las instrucciones.

—Bien. Puede marcharse; el chófer ha terminado.

Sidney volvió los ojos a la carretera. El conductor se aproximaba a ellos.

Dio las gracias, y se encaminó hacia su coche, mientras el automóvil del desconocido emprendía la carrera con un amortiguado zumbido de su potente motor.

Subió al baquet y dio a la puesta en marcha. Pisó el pedal de embrague, y, al tiempo de arrancar, vio perderse a lo lejos las luces posteriores del auto en el cual iba el hombre que le dio cita.

Mientras enfilaba la carretera para dirigirse por Wellington Street al Puente de Londres, una sonrisa asomó a sus labios.

Aceleró la marcha, y, una vez hubo cruzado el puente, se detuvo ante una estación de aprovisionamiento, disponiéndose a repostar.

Hizo una seña al hombre que se le acercó, y le entregó uno de los tíquets que llevaba en el bolsillo. Minutos más tarde, lleno el depósito de combustible, continuaba por King William Street, torcía por Cannon Street y estacionaba el coche frente al «Swing Club».

Antes de entrar en el edificio dirigió una mirada a lo largo de la espaciosa calle. La oscuridad era casi completa debido al estado de alarma por los bombardeos alemanes. Grupos de gentes caminaban por las aceras no obstruidas, y el tráfico rodado apenas si existía a aquellas horas.

Penetró en el club. En el iluminado salón se veían algunas parejas.

Eran los eternos concurrentes de siempre: mujeres de dudosa

reputación y hombres de holgada vida y más holgada conciencia. Le dio asco.

Sin aparentar interés alguno, dio la vuelta al salón por entre las mesas como si buscara sitio donde acomodarse. Sorprendió más de una insistente mirada en el bello sexo, y correspondió al saludo que le hizo una rubia oxigenada de grandes ojeras que paladeaba un combinado sentada frente a un tipo de corpulenta contextura y apopléjico rostro.

Se dirigió al liar. Su esbelta figura fue el blanco de las miradas durante los segundos que tardó en llegar a él. Acercóse a la barra y tomó asiento en un alto taburete. El barman se le acercó en aquel instante.

—¡Hola, Henry! Dame un *whisky* con soda.

Se llevó la mano al bolsillo en busca del paquete de cigarrillos. Sacó uno y lo encendió, mientras sus ojos azules de mirada ingenua, que parecían grises a fuerza de ser tan claros, se fijaban distraídamente, al parecer, en las personas que se encontraban a su alrededor. Por un momento, al llevarse el pitillo a la boca y volver la vista hacia el espejo que se hallaba sirviendo de fondo al mostrador, se contempló en él, y no pudo por menos de sonreír al verse. Su aspecto no podía resultar más insignificante y poco en armonía con la profesión a que se dedicaba. La azogada luna del espejo reflejaba la imagen de un hombre joven, de edad indefinida, que lo mismo podía tener veintiuno que treinta años, de rostro terso, líneas bien dibujadas, bigote recortado y ojos infantiles. Por su aparente delgadez, que contribuía a destacar el impecable traje azul que llevaba puesto, la corbata de tonos rojizos y el abundante pelo rubio cuidadosamente peinado con raya en medio, cualquiera habría podido tornarle por uno de tantos jóvenes noctámbulos que deambulaban por la ciudad sin más ocupación que aquella que el azar pudiera proporcionarles.

Había dos o tres mesas ocupadas no lejos de él, y Sidney, a través del espejo, puso su atención en ellas. Los hombres que vio en compañía de unas jóvenes bebían y charlaban sin preocuparse de otra cosa. Por lo demás, el bar, como igualmente el salón de baile que abandonó hacía escasamente unos minutos, parecía sumido en una tranquilidad perfecta, que más se asemejaba al aburrimiento que a otra cosa cualquiera. En todo el club no vio nada que le

podría hacer sospechar la existencia de persona alguna relacionada con el asunto que le había llevado.

Sorbió un poco de *whisky* y dio unas chupadas al cigarrillo. La espera se le hacía pesada. ¿A qué hora se pondrían en contacto con él?

Volvió a beber, y procuró repasar en su mente los acontecimientos pasados. Las imágenes de las escenas que tuvo que vivir en los últimos días volvieron a él con todo el vigor del recuerdo. Por unos momentos se abstraía de tal forma, que no se fijó en la llegada de dos tipos que se acercaron al bar riendo escandalosamente. Fue esto, la risa, lo que hizo que fijara en ellos las pupilas, a la vez que se llevaba el cigarrillo a los labios. Les vio aproximarse a la barra y pedir de beber. Sin eluda estaban algo ebrios. Sonrió mientras fumaba, y en el mismo instante dejó de sonreír. ¿Sería alguno de aquéllos el hombre que estaba esperando? Entornó los párpados y quedó alerta. Les observó por el rabillo del ojo, y tuvo que decirse que, si no estaban ebrios, lo simulaban a la perfección. Al cabo de unos instantes de vigilancia dejó de pensar en ellos y volvió a llevarse la bebida a la boca.

Bebiendo estaba, cuando un formidable golpe en el hombro le hizo derramar el líquido. Se iba a volver, mientras dejaba la copa encima del mostrador, cuando el mismo que le golpeara se le echó encima, y, al tiempo que le alborotaba el cabello, murmuró a su oído, con estruendosa y estrepitosa voz de borracho:

—¡Caramba, John! ¡No te hacía por el «Swing» esta noche!

Se volvió, indignado. Uno de los dos hombres se hallaba junto a él y se le echaba materialmente encima. Le apartó bruscamente.

—¿Quiere dejarme en paz? Está bebido.

El hombre que le golpeara, un tipo fuerte de mandíbula cuadrada y ojos saltones, se tambaleó un instante y se le quedó mirando sin soltar la copa, con la que hacía equilibrios.

Lanzó una risotada, y, volviéndose hacia su compañero, que se le acercaba entonces, dijo, adelantando el mentón:

—¿Has oído, Charles? Dice el pipiolo que estoy bebido.

Los ocupantes de las mesas habían dejado de hablar, y las miradas todas convergían en ellos. Henry, el barman, soltó el paño con el cual limpiaba unas copas y se inclinó sobre el mostrador.

Siguió un silencio. Sidney se llevaba la mano a la cabeza

tratando de reparar en su pelo los desórdenes que había sufrido. El borracho se adelantó a él. En sus ojos había ganas de lucha.

—Oiga, pollo: ¿quiere repetir lo que dijo antes?

El joven se deslizó del taburete hasta el suelo. Lo que menos deseaba en aquellos momentos era una pelea. Trató de disculparse.

—No he querido ofenderle, ¿sabe? Le ruego que me deje en paz.

Dio media vuelta para salir, al tiempo que dejaba encima del mostrador unas monedas.

—Cóbrate, Henry.

De pronto se sintió sujeto por un brazo, y de un vigoroso tirón le hicieron volverse. Algo húmedo le golpeó el rostro, cegándole, y sintió resbalar el líquido por su cara, empapándole el cuello de la camisa y las solapas de la chaqueta. El tipo que lo tenía sujeto había arrojado sobre él el *whisky* que contenía la copa.

No supo lo que hacía. Su puño salió disparado, yendo a incrustarse en la barbilla del borracho, lanzándole contra el mostrador, donde quedó durante unos segundos apoyado para no caer. Le vio ir hacia él de nuevo, y le lanzó un formidable directo, que el otro esquivó con un movimiento de cabeza.

Momentos después se hallaba enzarzado en una lucha, mientras las mujeres y los hombros que ocupaban las mesitas se ponían en pie y se retiraban hacia la puerta que comunicaba con el salón.

Su contrario denotaba ser un hombre avezado a la pelea, y difícilmente se habría librado de él a no ser por el barman y el compañero del borracho, quienes se interpusieron en el momento oportuno.

Sidney estaba rabioso. Cuando esperaba la llegada del enlace le ocurría aquello. Clavó la mirada de sus azules ojos en el tipo que aún se resistía a marchar empujado constantemente por el amigo que le acompañaba, y le maldijo interiormente, como se maldecía él por su torpeza al no haber podido soslayar la bronca.

Henry llegó a su lado, y con uno de los blancos paños del mostrador le limpió cuidadosamente el traje manchado de *whisky*. Se arregló el nudo de la corbata, y con el pañuelo se secó el rostro. Dio unos pasos hacia el mostrador y se miró al espejo. Su aspecto no podía resultar más desagradable. Algunos curiosos se habían acercado a la puerta, y desde ella le contemplaban. ¡En valiente jaleo se había mecido!

Encaramóse de nuevo sobre el taburete.

—Henry —pidió al barman—. ¿Quieres darme un *brandy*? Me parece que lo voy a necesitar si ese tipo vuelve de nuevo.

No se encontraba con ánimos para salir de allí en semejante estado, y creyó lo más prudente esperar a que por lo menos se le secase el *whisky* que le había caído por camisa y chaqueta. Durante unos segundos permaneció con los ojos fijos en el espejo, y no pudo por menos de sonreír al pensar lo que diría su jefe si viera en la forma en que se hallaba.

Sacó un cigarrillo y fumó mientras se disponía a beber el *brandy* que el barman dejó sobre el tablero. Consultó el reloj. Llevaba en el club más tiempo del suficiente para que hubieran podido ponerse en contacto con él. Bebió el *brandy*, paladeándolo, y fumó de nuevo. Henry le contemplaba con cierta admiración, y los que abandonaren el local volvían otra vez a sus mesas. Sintió a sus espaldas las miradas de ellos, y oyó ciertas risitas que le hicieron rechinar los dientes. ¡Maldito borracho!

Una voz sonó afuera, y prestó oído. Alguien parecía que pronunciaba su nombre. Se volvió a mirar. Un «botones» se acercaba por el salón contiguo voceando. Esperó a tenerle junto a él. El «botones» se le acercó, risueño.

—¿El señor Sidney Philby?

—Sí.

—Le llaman por teléfono, señor.

Se alzó del taburete. Depositó el importe de la bebida junto a la copa vacía, y dio una propina al «botones». Minutos después se encontraba en la cabina y cogía el auricular.

—Diga.

—¿Es usted, Sidney?

—Sí. ¿Con quién hablo?

—No importa el nombre. Le llamo para decirle que hoy es imposible lo que usted espera. Vuelva mañana, aproximadamente a la misma hora.

Colgaron al otro extremo del hilo, y el joven lo hizo a su vez. Salió de la cabina con el ceño fruncido y los párpados entornados. ¿Para eso había tomado tantas precauciones su jefe? Sonrió. Aquellos tipos eran más lentos de lo que se imaginaba. Si para todos los trabajos se tomaban tanto tiempo, no le iba a resultar agradable

su compañía.

Bajó la vista hacia las mojadas solapas de la chaqueta y las palpó un instante con los dedos. El *whisky* no se había secado aún, y una tufarada de alcohol le dio en las narices. Hizo un gesto de contrariedad, y, llegándose al guardarropa, recogió su sombrero. Segundos más tarde cruzaba el vestíbulo y bajaba las escaleras, disponiéndose a ir al pisito que ocupaba en la ciudad para mudarse de ropa. Ya que tenía la noche libre, se iría a cenar a cualquier sitio alegre donde pudiera oír otra música distinta a la del club.

Devolvió el saludo que el portero le hizo al pasar, y salió a la calle. Su coche estaba estacionado junto a la puerta. Abrió la portezuela del auto y puso la puesta en marcha. Zumbó el motor. Iba a arrancar, cuando un cupé se colocó delante. Quiso sortearlo hábilmente, pero el cupé se le echó encima. Chirriaron los frenos. Su auto chocó violentamente contra la parte posterior de aquél, y los transeúntes que pasaban cerca se detuvieron un instante. Al tiempo que abría la portezuela para salir, el portero se le aproximaba y del cupé descendían dos elegantes mujeres, acompañadas por un individuo que se dirigió a él en actitud amenazadora.

—¡Imbécil! —gritó—. ¿En qué estaba pensando?

Sidney saltó al suelo. Sus azules ojos cobraron un color oscuro y apretó las mandíbulas. Por lo visto, aquella noche todo le salía mal. Dejó que el que se le aproximaba llegara hasta él, y, antes de responder al insulto, cogió al individuo por la chaqueta con una mano.

—De usted gracias —silabeó— a que va acompañado por unas señoras.

El desconocido se libró violentamente de la mano que le sujetaba, y sonrió, enseñando los dientes.

—¡Vaya! —exclamó—. Parece que el amigo tiene ganas de gresca.

Iba a hacer un movimiento hacia adelante, cuando una de las mujeres que le acompañaban se puso por medio. Contempló durante unos segundos a Sidney, fijando en él sus maravillosos ojos, y volviéndose luego hacia el hombre, dijo, indicando al joven con un expresivo gesto:

—¿Qué vas a hacer, Ronald? ¿No ves que está borracho?

Sidney parpadeó. ¿Borracho él? Dirigió la vista en torno. El grupo de gente había aumentado, y el portero del club se le acercaba. Sintió su mano sobre el brazo, al tiempo que le decía:

—¡Cálmese, señor! Le conviene marcharse.

Fijó la mirada en el portero. ¿También éste le consideraba bebido? Sonrió al comprender las causas que inducían a aquellas personas a pensar de semejante manera, y apartando al portero a un lado, dio la espalda al grupo que formaban el desconocido y las dos mujeres, y abrió la portezuela del auto para meterse dentro. Iba a sentarse, cuando una mano se apoyó en su hombro, y, al volverse, se encontró con la mirada inquisitiva de un policía.

—Espere un momento.

Salió del coche. El agente de la autoridad se había acercado, en tanto, a los ocupantes del cupé, y cambiaba con ellos breves frases. Luego, se volvió a él.

—Lo siento, señor —dijo—. Tendrá que acompañarme al puesto próximo.

—Oiga, guardia; me parece que se equivoca conmigo. Yo...

—No perdamos tiempo —le interrumpió aquél—. Métase en el coche y conduzca despacio; yo iré sentado junto a usted al volante.

Sidney enarcó las cejas. Contempló el corro que se había formado en la acera, e iba a replicar de nuevo, cuando un hombre se aproximó al policía, y éste le saludó llevándose la mano a la altura del casco.

—¡Buenas noches, señor Gray!

—¿Qué ocurre?

—Nada, señor; un pequeño choque sin importancia. Ahora me disponía a acompañar al puesto al causante de todo. Parece que ha bebido y...

Sonrió comprensivamente y dejó la frase sin concluir. Aquél clavó los ojos en Sidney y volvió de nuevo la mirada al uniformado agente.

—Métase con él dentro, guardia; yo guiaré el coche.

El joven se dirigió al hombre de paisano.

—Perdone —dijo—; antes sería conveniente que le dijera alguna cosa.

—¿Qué cosa es ésa?

La voz que le hablaba era autoritaria y fría.

Sidney iba encontrando enojosa la situación y no estaba dispuesto a consentir que aquello siguiera adelante, cuando de un Roadster amarillo que terminaba de detenerse a sus espaldas se apeó un caballero, quien, al verle, se abalanzó a su encuentro abriéndose paso por entre el grupo de mirones.

Antes de que el policía y el agente vestido de paisano hubieran podido impedirlo, se interpuso entre ellos y el joven, y exclamó, dirigiéndose a éste, al tiempo que le cogía por los hombros:

—¡Fred! ¿Qué te ocurre?

Sidney, al oír la frase, entornó los párpados y esbozó una ligera sonrisa.

En un momento comprendió que todo cuanto le había ocurrido desde que entró en el club había sido debidamente estudiado y preparado hasta el último detalle. Sus ojos volvieron a adquirir el inconfundible tono que tenían, y, mirando fijo al que simulaba conocerle, replicó:

—No me llamo así.

Al punto las manos del caballero resbalaron por sus hombros, y, a la vez que en las pupilas de éste se reflejaba la sorpresa, sintió que depositaban algo dentro de uno de sus bolsillos.

El caballero se echó hacia atrás.

—Perdón —excusóse—. Creí que era Fred.

Dio media vuelta, y, volviendo a abrirse paso por entre el grupo, se metió en el club.

El agente clavó en Sidney los ojillos.

—¿Qué iba a decirme?

Pero ya el joven se había repuesto, y, trocando el gesto de mal humor por otro más en consonancia con la situación en que se hallaba, hizo un movimiento negativo de cabeza, a la vez que decía:

—Si quiere creerme, no lo recuerdo.

El agente y el policía cambiaron una mirada. El segundo se dirigió a la parte posterior del vehículo, y, abriendo la portezuela, empujó al joven, el cual no se hizo rogar y penetró dentro, mientras el que iba de paisano subía al baquet y ponía el motor en marcha...

En breve se alejaban por Cannon Street, mientras el grupo de curiosos se despejaba en la calle y el portero se retiraba a su puesto moviendo pensativo la cabeza.

Sidney se acurrucó en un rincón del coche y miró al policía, el

cual no le quitaba ojo. Se llevó la mano al bolsillo y la retiró juntamente con el paquete de cigarrillos y un papel con que tropezaron sus dedos. Ofreció de fumar al guardador del orden, y simuló disgusto al ver el papel en sus manos.

Lanzó una imprecación, y, ante la mirada vigilante del policía, desdobló el papel y paseó por él la vista, en la actitud del hombre que se ha olvidado de algo de verdadera importancia.

La nota decía así:

«Fínjase borracho. En el lugar donde pasará la noche verá a un tipo que se llama Dan Peyton. Haga amistad con él y no le pierda de vista cuando salga. Destruya esta nota».

Jugueteó durante unos segundos con el papel, y, chasqueando la lengua, lo rompió en pedacitos delante del policía. Luego se incorporó en el asiento. Entornó los ojos, fijándolos en su acompañante, y dijo, mientras se esforzaba por abrir la ventanilla del coche:

—Me parece que Miriam se tendrá que pasar sin mí la velada.

Dejó caer al exterior los trozos de papel, y, acomodándose de nuevo, prendió fuego a un cigarrillo y recodó la cabeza contra el almohadillado. Bostezó ruidosamente y miró de soslayo al policía, quien, a su vez, le contemplaba a través de las volutas de humo que se lo escapaban de la boca.

Atravesó un pasillo, tambaleándose, cogido fuertemente por el brazo que le llevaba uno de los policías del puesto.

Al llegar ante una puerta se detuvieron, y él fingió que le costaba trabajo mantenerse en pie. Se oyó el ruido producido por la llave en la cerradura y el descorrer de un cerrojo. La puerta se abrió sobre sus goznes y se sintió impelido al interior. Dando traspiés penetró en el calabozo, mientras la puerta se cerraba a sus espaldas.

Parpadeó un segundo. Un hombre se había incorporado en la colchoneta que se veía al fondo y clavaba en él sus negras pupilas. Era un tipo más alto que él, a juzgar por el largo de las piernas, que se encogieron un instante como si fuera su poseedor a ponerse de pie. Sidney le vio cambiar de actitud a los pocos segundos y dejarse caer de nuevo con cierta indiferencia. El joven se llevó la mano al

sombrero, que estaba a punto de caérsele, y avanzó unos pasos hacia el desconocido, el cual sonrió un momento. Era ancho de hombros y de inescrutables facciones. Lo más característico de él era la boca, de labios finos, en la que campeaba un rictus desdeñoso, y el mentón prominente y firme, que denotaba coraje y una voluntad sin límites. Vestía con cierta elegancia.

Haciendo una mueca, Sidney se aproximó, mientras entornaba los párpados.

—¡Hola! —dijo—. ¿Cuándo ha llegado usted?

El interrogado se limitó nuevamente a sonreír.

El joven probó de nuevo.

—¿No me ha oído? Dije que cuándo ha venido.

Llegó hasta donde aquél se hallaba, y se dejó caer a su lado en la colchoneta. Al hacerlo, fue a dar contra la pared, y el sombrero se le cayó. El desconocido lo recogió sin inmutarse y se lo encasquetó en la cabeza a Sidney.

—Amigo —repuso—, creo que le convendría dormir un rato.

—¿A mí? —interrogó, con sorprendidos ojos, el joven—. No pienso dormir en esta pocilga. ¡Puaf! Tendré que quejarme al comisario del distrito cuando salga. Nunca pensé que tributábamos al Estado para esto.

Se llevó la mano al bolsillo. Sacó el paquete de cigarrillos y ofreció uno a su compañero, el cual lo tomó en el acto. Durante varios minutos permanecieron en silencio los dos mientras fumaban. De pronto, inquirió Sidney:

—¿Tardará mucho en volver el policía? Miriam se va a enfadar cuando no me vea y...

—¿Por qué no duerme? —le interrumpió el otro—. Si espera a que vengan a sacarle esta noche, se va a llevar chasco.

—Usted, ¿cómo lo sabe?

Aquél se encogió ligeramente de hombros y dio una chupada al cigarrillo.

—Conozco demasiado el sistema —repuso—. En el estado en que usted se encuentra, no es difícil adivinar lo que puede sucederle.

—¡Ah! ¿Sí?... Y... ¿qué va a sucederme? —interrogó.

—Lo que a todos. Ha bebido, ¿no?

Sidney hizo un gesto vago, al tiempo que chasqueaba la lengua.

—Un poco —confesó, mientras bostezaba.

—¡Ya!

—¿No me cree?

—¡Claro, amigo! Precisamente por eso deduzco que tendrá que esperar a que se haga de día para verse libre. En el supuesto que no haya hecho otra cosa que beber.

—¡Bueno! Bebí un poco y me lié a mamporros con unos tipos. No creo que eso haya sido el motivo para que me traigan aquí. ¡Maldita sea! Si llego a saber esto, le atizo también al del auto.

—¡Hola! ¿De forma que hubo jaleo?

El joven reclinó la cabeza contra la pared del calabozo. Sus ojos se entornaron como si fueran, a cerrarse, y, ahogando un bostezo, replicó, mientras se llevaba el cigarrillo a la boca con temblorosa mano:

—¡Pchs! No hubo tal jaleo, amigo; simplemente, le aticé a uno cuando bebía, y luego, en la calle, tuve la mala fortuna de arremeter con mi coche a un endemoniado cupé que se me puso enfrente. Si no hubiera sido por el guardia, el tipo que iba en él no habría terminado la noche con las chicas que llevaba del brazo.

Cerró los ojos. Por entre las pestañas vio cómo el rostro de su interlocutor se animaba. Sorprendió un relámpago en sus negras pupilas y entreabrió los párpados un momento, volviendo a cerrarlos como si la luz de la bombilla colocada en el techo le hiciera daño. Su compañero de calabozo dio unas chupadas, mirándole con atención, antes de preguntar:

—¿Con permiso del frente?

Sidney abrió los ojos de nuevo, y en ellos había una divertida luz cuando dije:

—¿Del frente? ¿De qué frente? ¿Me cree tan idiota, amigo? Yo no soy de éstos.

—¡Ah! Creí que era militar.

—¡Bah! ¡Militar!... Que vaya a la guerra el que quiera.

Se incorporó, echándose hacia adelante, y balbuceó, fijando unas cansadas pupilas en su compañero:

—No he querido ofenderle, ¿sabe? Si es militar...

Aqué! sonrió ampliamente. Tranquilizó a Sidney con unas palmaditas amistosas, y repuso, en un susurro:

—No se preocupe por mí, amigo; tampoco soy soldado.

—¡Brrr! ¡Qué peso me ha quitado de encima!...

Tiró el cigarrillo, y, apoyando las palmas de las manos en las rodillas de su compañero, añadió, mirándole a los ojos:

—La guerra no ha hecho otra cosa que trastornarlo todo de una manera endiablada, ¿sabe? Antes, yo me ganaba mis buenas libras al año y me podía permitir el lujo de pasar dos o tres meses de veraneo. Ahora...

Extendió las palmas boca arriba y chasqueó la lengua desaprobadoramente.

—Ahora —continuó— no hay quién se gaste un penique, amigo, y... en cuanto a mí, no poseo más que lo que tengo en las manos y el paquete de cigarrillos que conservo en el bolsillo.

Dejó caer los brazos y se abismó de nuevo en el silencio, a la par que se recostaba contra la pared.

Transcurrieron varios minutos. El joven bostezaba sin cesar, y de vez en vez miraba a su compañero con soñolientos ojos. Éste parecía que rumiaba algo. Al fin, preguntó:

—¿No dijo antes que tenía coche?

Sidney levantó la cabeza y entreabrió los párpados.

—Sí —repuso—. Una lata de sardinas, si acaso llega a eso. ¿Por qué lo dice?

—Porque... si tiene coche... no le irá tan mal.

El joven se llevó la mano a la cartera, y, al no encontrarla, lanzó una maldición y trató de incorporarse, al tiempo que decía:

—Esos bandidos me han roldado. ¿Dónde está mi cartera?

El hombre que se hallaba con él le detuvo y le obligó de nuevo a sentarse.

—No se excite. Le habrán registrado al entrar, y sus documentos estarán todos en algún cajón de la mesa del comisario del puesto. ¿Llevaba mucho dinero encima?

—¿Dinero? Lo que tengo en ella son mis tarjetas y mi carnet de conductor. ¿Le parece poco?

—¿Nada más que eso?

—Bueno; quizá también tenga en ella dos o tres libras; pero... ¿me quiere decir qué hago con dos o tres libras?

—No lo sé, de seguro.

—Pues se lo voy a decir yo: llamaré al policía que me trajo aquí y le encargaré que nos traiga algo con que remojar la garganta.

Se incorporó de nuevo sobre la colchoneta y dio unos vacilantes pasos por el calabozo. Al llegar a la puerta golpeó en ella con furia. Apenas lo había hecho, cuando se sintió sujeto por unos brazos de hierro, y la voz del desconocido murmuró junto a él, con amenazador tono:

—¿Quiere estarse quieto, amigo? No tengo ganas de que me complique en esto, y lo evitaré como sea.

Le empujó rudamente hacia adentro y le obligó a que tomara asiento en la colchoneta. Sidney se dejó llevar y miró estúpidamente a su compañero, el cual sonrió un segundo y se sentó a su lado.

—Escuche —dijo—. No sé si estará en condiciones de comprender lo que voy a decirle, pero probaré. Mi situación se parece algo a la suya y estoy esperando que llegue mañana para verme libre. Mis amigos —sonrió al decir esto— me han localizado, y tan pronto se haga de día me pondrán en libertad bajo fianza. ¿Comprende usted? Por eso no quiero que haga ruido ni arme alborotos. Además —prosiguió diciendo—, nada ganaría con hacer ruido.

Sidney iba a contestarle, pero se calló al ver que la puerta del calabozo se abría y el agente que le condujo a ella aparecía en el marco.

Miró a los detenidos e interrogó con la vista al compañero del joven. Aquél se levantó.

—No es nada, guardia —dijo—. Este hombre que ha traído usted hace poco, que se figuró, al no encontrar su cartera, que se la habían robado. ¡Está bastante mareado el pobre!

El agente volvió a dirigir sus miradas a Sidney y salió del calabozo, cerrando la puerta sin pronunciar palabra. Se oyó cómo echaba el cerrojo y daba dos vueltas a la llave.

Sidney suspiró fuerte y se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta. Sacó el paquete de *luckys*.

—¿Fuma?

El hombre se dejó caer junto a él y tomó un cigarrillo. El joven parpadeó fuertemente mientras encendía.

—¿Sabe, amigo? No le puedo ofrecer una tarjeta, pero le diré como me llamo. Sidney Philby, ¿oye?... Sidney Philby. El mejor vendedor de coches de la City que ha conocido nunca.

Hizo una profunda aspiración y preguntó, apartando el cigarrillo de la boca y mirando con adormilados ojos al hombre que se sentaba a su lado:

—Usted... ¿cómo se llama?

La respuesta llegó a él seca y tajante.

—¡Qué le importa!

—¡Bueno! Verdaderamente no me interesa mucho, ¿sabe? Pero si hemos de estar juntos le llamaré de alguna manera. ¿Le parece bien que le diga John?

—Llámeme Dan, le basta con eso.

Los ojillos de Sidney relucieron y apoyó la mano en el brazo de Dan.

—Conforme, Dan —repuso—. Le prometo que tan pronto me devuelvan la cartera iremos a celebrar nuestra presentación con unas copas. ¿Hace?

Dan se encogió de hombros y se echó hacia atrás, reclinando la cabeza sobre el muro. Sidney le imitó de igual forma, y al poco tiempo simulaba que dormía emitiendo sonoros ronquidos capaces de despertar a todos los agentes del puesto, en el caso de que éstos hubieran optado por dormir aquella noche. Dan fumó durante varios minutos contemplando el rostro de Sidney. Luego se levantó y comenzó a pasear de un lado a otro, con las manos a la espalda, sin ver que los párpados del joven se entreabrían y éste le vigilaba continuamente. Así, de esta forma, transcurrió la noche, sin que ni uno ni otro hicieran nada por conciliar el sueño.

CAPÍTULO II

La puerta del calabozo rechinó al abrirse. Dan se volvió con rapidez hacia ella y Sidney arreció en sus fingidos ronquidos hasta conseguir el diapasón más estruendoso.

El policía que terminaba de aparecer se detuvo en el vano. Sus ojos se fijaron un segundo en los dos hombres.

—Vengan conmigo —dijo—. El comisario les espera.

Dan iba a salir, pero al ver puesta en él la mirada del policía se dirigió al lugar donde Sidney roncaba. Le sacudió vigorosamente por los hombros.

—¡Vamos! ¡Despiértese!

El joven entreabrió los párpados y sus pupilas cargadas de sueño fueron a fijarse un segundo en las de Dan. Éste se incorporó. Una sonrisa curvó sus finos labios.

—Parece que ha dormido.

Sidney bostezó y se incorporó en la colchoneta. Miró pensativo a Dan y al policía y abrió dos o tres veces la boca como si fuera a hablar. Finalmente se puso en pie, desperezándose de una forma disimulada. Recogió su sombrero y sacudió la cabeza antes de volver a mirar a los dos hombres. Luego se llevó la mano a la corbata y se la arregló con torpes dedos. Acabó por sonreír a Dan, y cogiéndose del brazo de éste, se encaminó hacia la puerta.

El policía salió tras ellos. Se detuvieron en el pasillo mientras aquél cerraba con llave y echaba el cerrojo. Minutos después eran introducidos en el despacho del comisario del puesto. Éste alzó la vista al verles llegar, y haciendo una seña al policía, le indicó que esperase.

Carraspeó. Sus grises ojos miraron a Dan, al tiempo que le tendía una cartera y varios objetos.

—Aquí tiene lo suyo, señor Peyton; no olvide que está en libertad bajo fianza, ¿comprende?

Dan afirmó con un gesto, y tomando lo que le ofrecían se lo guardó en los bolsillos, no sin antes haberse cerciorado de que no le faltaba nada en la cartera.

El comisario volvió a carraspear. Sus ojillos se volvieron a Sidney.

—Señor Philby: Tuvo usted mucha suerte anoche; los propietarios del auto contra el cual chocó no han querido perjudicarlo y se abstuvieron de hacer cargos. Los desperfectos que usted produjo los pagarán ellos y no tengo nada que decirle por esa parte, pero... bueno es que sepa que hemos tomado nota del número de su licencia de conductor, y la próxima vez que se le encuentre embriagado conduciendo, le será retirada.

Cogió de encima de la mesa a que se hallaba sentado la cartera del joven y se la ofreció con un gesto, al tiempo que seguía:

—Vea si le falta algo.

Sidney la abrió y de un vistazo se hizo cargo de su contenido. Negó con la cabeza.

—Bien —siguió diciendo el comisario de policía—. Pueden marcharse, señores; celebraré que no hayan sufrido muchas molestias y espero que sabrán perdonar la detención que nos vimos obligados a efectuar en ustedes.

Se volvió a mirar de nuevo al policía y le hizo una seña. Éste se les aproximó. El comisario bajó la vista, dando por terminado el asunto, y pareció enfrascarse en el estudio de unos papeles.

—Por aquí, señores.

El agente echó a andar y les abrió la puerta. Iban a salir, cuando el comisario les detuvo.

—Un momento, señor Philby.

El joven se volvió.

—Se me olvidaba entregarle una nota para que pueda retirar su coche.

Sonrió.

—Como comprenderá, no íbamos a tenerlo a la puerta del puesto, y el agente que lo condujo se encargó de llevarlo al parque. Aquí tiene, puede ir o mandar por él cuando quiera.

Sidney recogió la nota dando las gracias, y volvió sobre sus pasos. Segundos después se hallaban él y Dan plantados en la acera, mirando con cierto alivio a los transeúntes y oyendo el infernal

ruido del tráfico que sonó en sus oídos como una música deliciosa.

Dan Peyton se soltó del brazo que le sujetaba y se acercó al bordillo. Miró en una y otra dirección y, por último, al no ver lo que sin duda esperaba, echó a andar. Sidney le alcanzó y poniéndose junto a él caminó a su lado. Le miró a los ojos. Aquél hizo un gesto de desagrado al tiempo que se detenía.

—¿No sabe andar por Londres, señor Philby? —preguntó sarcástico.

Sidney simuló que hacía esfuerzos por hablar. Luego, de repente, se echó a reír y fijando sus azules pupilas en las negras de Dan, dijo a éste:

—No se enfade, amigo; recuerdo que anoche le dije algo de que tomaríamos unas copas y me parece que ha llegado el momento oportuno. ¿Qué le parece un Martini?

Dan le contempló en silencio durante unos instantes. El pronunciado arco de sus cejas se distendió y en sus labios apareció la sombra de una sonrisa.

—Ya no me acordaba, amigo Philby; acepto.

—¿Dónde vamos?

Dan se encogió de hombros. Sidney le tomó del brazo nuevamente y ambos echaron a andar, mezclándose entre el gentío.

De pronto una voz sonó a espaldas de ellos.

—¡Dan!

Se detuvieron en el acto. Un roche se les acercaba y el que lo conducía agitó la mano que apartó del volante en señal de saludo.

Dan se soltó nuevamente de Sidney y se acercó al coche.

—Hola, Jim; creí que no venías.

El llamado Jim estrechó a Dan la mano y abrió la portezuela.

—Sube.

Peyton lo iba a hacer, cuando se sintió sujeto por detrás.

—¿Qué hacemos del Martini?

Se volvió. Sidney estaba ante él y le miraba con sus ingenuas pupilas. Vaciló un segundo. Luego indicó con un gesto al joven la portezuela, posterior, y, al tiempo que se situaba junto al volante al lado de Jim, dijo:

—Suba también, Philby; este amigo nos llevará a un sitio donde podamos tomar tranquilamente el Martini acordado.

Sonrió ligeramente al oír un metálico chasquido a sus espaldas.

Jim le golpeó con el codo.

—¿Quién es ése?

—¡Bah! No hagas caso, Jim; un tipo que me ha hecho compañía toda la noche. Mejor dicho: un tipo a quien he velado el sueño. Parece que no le van muy bien las cosas y nada de particular tendría...

Calló y rompió a reír entre dientes. Jim apretó el acelerador y el auto se deslizó por la calzada. En el cruce de Cornmill con Bishopsgate se detuvieron, esperando la señal de tráfico. Un magnífico «Packard» negro se les aproximó y un brazo asomó por la ventanilla de atrás. Sidney clavó en él la vista y unos ojos le espionaron desde el interior del vehículo. El brazo desapareció de nuevo y el joven se retrepó cómodamente mientras sonreía. Emprendieron la marcha. La voz de Dan le llegó a los oídos:

—Te digo, Jim...

Sacó un cigarrillo y se lo llevó a la boca. Mientras encendía miró al frente y le pareció observar que por el espejo retrovisor el denominado Jim le espiaba con disimulo. Volvió a sonreír de nuevo, y echando la cabeza hacia atrás, aspiró voluptuosamente el humo del cigarrillo.

Al batirse la hoja de la puerta se hizo un pequeño silencio en el interior del bar.

Los hombre que se hallaban acodados a la barra se volvieron y varias exclamaciones de sorpresa brotaron a un tiempo de sus gargantas.

Dan y Jim se aproximaron seguidos de Sidney.

—¡Pronto has vuelto, Dan! —gritó uno de ellos, casi un gigante, pasándose la mano por la boca mientras dejaba en el mostrador la copa de *whisky*—. No has calentado el sitio.

Alguien dejó escapar la risa. Se formó un pequeño grupo alrededor de Dan y Jim, y el hombre que se encontraba detrás del mostrador preparó nuevas copas, que se apresuró a colocar al alcance de los dos hombres.

Sidney, algo apartado del grupo, observaba con aparente indiferencia a los que rodeaban a Peyton. Todos ellos parecían disfrutar de excelente humor y de desahogada situación económica. Las ropas que vestían eran de calidad y daban la impresión de hallarse en su verdadero centro, aunque quizá, y esto fue lo que

llamó poderosamente la atención del joven, sus expresiones y sus ademanes no correspondían por entero a la clase social a que demostraban pertenecer.

No pudo continuar su examen. Cuando se había vuelto para observar un cuadrito colocado en un ángulo de la pared, la pesada mano de Dan se apoyó en su hombro.

—Venga, Philby; quiero presentarle a estos amigos.

Giró en redondo. Varios pares de ojos le escudriñaban. Esbozó una sonrisa y sus azules pupilas se iluminaron un segundo.

Se dejó llevar.

—Muchachos: éste es el hombre que me hizo compañía, roncando, durante toda la noche. ¿Qué os parece?

Volvieron las risas. El gigantón que anteriormente hablara se le aproximó con la mano extendida.

—Me alegro de conocerle, Philby. ¿Quiere beber con nosotros?

Sidney afirmó con un gesto.

—¿Por qué no?

Se acercó a la barra y pidió, con la mejor de sus sonrisas, al hombre que hacía de barman:

—Deme un Martini.

Los rostros no dejaban de escrutar el suyo, y en las pupilas del gigante sorprendió una lucecita burlona.

—¡Vaya, Dan! Por lo visto tu amigo hace ascos al *whisky*; no le debió de sentar muy bien el que bebió anoche.

—¡Bah! —exclamó Sidney—. Puedo jurarles que nunca me encontré mejor que cuando lo bebí; lo que sucede es que no me he olvidado de lo que me dijo el comisario de policía y no me agradaría mucho que me retiraran la licencia.

—¿La licencia?

El joven se volvió a mirar a Dan, y, al ver que éste no parecía dispuesto a acudir en su ayuda, continuó:

—Creí que se lo había dicho el amigo Peyton.

Se llevó la mano al bolsillo, y sacando la cartera, tomó una pequeña cartulina que ofreció al que le hablaba.

—Si quiere comprar un coche —dijo—, yo soy el hombre que busca.

El desconocido tomó la tarjeta en sus manos y leyó detenidamente. Chasqueó la lengua.

—¡Hola! Ahora me lo explico todo. ¿Vendedor, eh?

—En realidad —repuso Sidney—, ésa fue mi ocupación hasta que surgió la guerra. Desde entonces no veo la forma de encontrar un cliente para la chatarra que represento. Y... por si fuera poco, nadie se quiere aventurar ahora que no hay gasolina. Es una endemoniada ocupación ésta.

Observó las miradas que se cruzaron entre ellos, y llevándose el Martini a la boca, lo paladeó unos segundos. Le dio la impresión de que en los cerebros de los hombres que allí había acababa de surgir la misma idea. Jim rompió el silencio que terminaba de hacerse.

—¿Bebemos, Dan?

Éste y Jim se aproximaron a la barra para coger sus *whiskys*. Transcurrieron unos minutos durante los cuales ninguno se atrevió a abrir la boca para pronunciar palabra. Jim, Dan y el gigante continuaban mirándose de reojo, y el barman, recostado contra las anaquelerías, se entretenía secándose las manos en el delantal. De pronto pareció que sucedía algo. Sidney vio cómo los rostros se ponían tensos y las miradas alerta. Le pareció que las manos de Jim y Dan se crispaban y que este último erguía el cuerpo. El joven se volvió ligeramente para dejar su copa vacía, y, al momento de hacerlo, vio por el rabillo del ojo la causa de aquella tensión.

A su derecha se había abierto una pequeña puerta disimulada hábilmente por las molduras y un hombre alto, de angulosas facciones y acerados ojos, vestido irreprochablemente, se había detenido ante ella. Calmosamente se acercó a los bebedores. Dan dejó su *whisky* y se volvió a él. El desdeñoso rictus de su boca había desaparecido.

—Me alegro de volverle a ver, Peyton —dijo el hombre que se acercaba—. ¿Acaba de llegar?

Su voz era de armonioso timbre y denotaba al *gentlemen*; su andar y sus ademanes correspondían igualmente a una persona de elevada posición, y el acento era el inconfundible de los graduados de Oxford.

—Ahora mismo. Mayor Pitt; aun no me ha dado tiempo para beber mi *whisky*.

—En ese caso lo haremos juntos.

Se aproximó más a ellos y arqueó una ceja mirando al barman.

—Gibson, ponme un Sherry.

Se volvió lentamente, mirando uno por uno a los hombres que le rodeaban. De pronto clavó la vista en el rostro de Sidney y se dirigió a Dan.

—¿Algún amigo? —inquirió—. Le agradecería que me lo presentase.

Las facciones de Peyton se contrajeron una milésima de segundo, pero fue el espacio de tiempo suficiente para que el joven, se diera cuenta.

—Con mucho gusto, Mayor.

Dan favoreció a Sidney con una sonrisa, y añadió, presentándole:

—Mi amigo Sidney Philby —y siguió, diciendo a éste—: El Mayor Pitt, presidente del Club y el mejor benefactor que tenemos.

Cambiaron un apretón de manos.

—¿Conocía esto, señor Philby?

—No, Mayor; es la primera vez que tengo el honor de verme aquí, y hasta la fecha ignoraba la existencia de este club, si he de serle sincero. Aunque conozco la mayor parte de cuántos lugares de esparcimiento hay en la ciudad, debido a mis ocupaciones hace bastante tiempo que no estoy al tanto de lo que sucede en Londres. Mis asuntos no van como debieran y...



—Es la primera vez que tengo el honor de visitar este Club—dijo Sidney al Mayor Pitt.

—¿Puedo saber a qué se dedica?

—¡Claro que sí!

Volvió a llevarse la mano a la cartera y entregó una nueva cartulina a su interlocutor. Éste la tomó entre los dedos y fijó en ella un segundo los ojos.

—¡Excelente ocupación la suya, señor Philby! ¡Lástima que no estén las cosas como antes de la guerra! De haberle conocido en otros tiempos, lo más probable hubiera sido que no le resultara inútil del todo su llegada a esta casa.

Tamborileó unos instantes sobre la delgada cartulina y añadió, metiéndosela en el bolsillo:

—De todas formas, no tendría nada de particular que pudiera llegar a necesitar sus servicios. El coche que tengo no le agrada a mi hija, y supongo que conocerá de sobra a las mujeres. ¿Estoy en lo cierto, señor Philby?

—Completamente, Mayor; ya voy empezando a lamentar mi mala suerte al serme presentado usted en tales circunstancias. ¡Demonio de guerra! No es la primera operación que pierdo por su culpa.

—¡Bah! Tranquilícese. Todos hemos perdido algo, ¿no cree?

Se volvió a Peyton sin aguardar la respuesta, y tomándole del brazo, se acercó con él a la barra.

Alzó la copa de Sherry que le había dispuesto Gibson, y la mantuvo en alto el tiempo justo para decir:

—A su salud, Dan; celebro verle entre nosotros.

Apuraron él y Peyton los licores, y, dirigiéndose a los reunidos, quienes no habían osado levantar la voz, dijo, risueño, mientras indicaba a Sidney con la vista:

—Caballeros, no me parece prudente que habiendo un huésped entre nosotros no se le hagan los honores debidos. ¿Qué hacen ustedes que no enseñan a nuestro amigo, el señor Philby, los distintos departamentos del club? No creo que la guerra haya influido en nosotros lo bastante como para olvidar los deberes que tenemos pura quienes nos honran con su visita.

Echó a andar. Los bebedores le siguieron al tiempo que él cogía, con la mano que le quedaba libre, a Sidney y caminaba entre éste y Peyton hacia la puertecita por la que había entrado.

Al tiempo de cruzarla, se volvió para preguntar a Dan:

—¿Supongo que usted y su amigo almorzarían juntos?

—Se equivoca, Mayor; aun no lo hemos hecho, y le aseguro, por mi parte, que estoy desfallecido.

—Bien, en este caso me harán compañía; así daré a nuestro común amigo una nueva oportunidad.

Se detuvo de pronto, y dirigiéndose a Sidney, añadió:

—Espero que no le sirva de enojo si me retiro con Dan unos segundos; hemos de hablar de varios asuntos y...

No terminó la frase. Volviéndose a los que les seguían, continuó:

—En ustedes confío, señores; espero que el señor Philby se verá atendido.

Del brazo de Peyton se dirigió, por una puerta, hacia lo que parecía ser su despacho en aquella parte del edificio.

Sidney no tuvo apenas tiempo para verlos desaparecer. El gigante se le había acercado y, en unión de éste y de los demás hombres, penetraron en una espaciosa habitación dedicada a biblioteca. Atravesaron ésta y se hallaron, por fin en una pieza rectangular, donde se veían varias mesas de juego. Tomaron asiento en los sillones que se veían en un ángulo, y el hombretón oprimió un timbre. Como surgió de la tierra, apareció un camarero.

—*Whisky* para todos, James; yo invito.

Se retiró el sirviente Sidney encendió un pitillo y miró con ingenuos ojos a los que le rodeaban.

—¿Qué le parece nuestro club, señor Philby? —preguntó el que parecía llevar la voz cantante.

El joven clavó en él las pupilas. Sonrió un segundo y murmuró al fin:

—Algo extraño, la verdad; nunca supuse que pudiera haber un club de esta naturaleza.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Simplemente, que lo veo bastante concurrido para la hora que es.

—¡Bah! Nuestro club, amigo, no es como el resto de los que hay en la City. Ha de saber usted que sus socios son limitados y todos ellos pertenecen además a la misma empresa. O, lo que es lo mismo: que trabajan dentro del recinto en que nos encontramos.

—¿Que trabajan... aquí?

—Exactamente, señor Philby; todos tenemos en este lugar nuestras ocupaciones. Le extrañará menos cuando se entere que gran parte del edificio lo ocupa una fábrica de conservas de la que el Mayor Pitt es el dueño. Nosotros no somos en realidad más que colaboradores suyos.

—¡Ah! Siendo como usted dice...

Se oyó ruido afuera, jadear de respiraciones, exclamaciones ahogadas, un juramento contenido seguido de un golpe y el baque de un cuerpo al caer.

Sidney se puso en pie como impulsado por un muelle y antes de que ninguno de los que con él estaban hubiera podido sujetarle se abalanzaba hacia la puerta. Lo que vio al llegar a ésta le dejó suspenso. Cuatro hombres se inclinaban sobre otro que yacía en el suelo y la expresión de sus rostros era terrible. Uno de ellos se guardaba algo y supuso que era una pistola.

Sin duda le oyeron acercarse, ya que volvieron a él los ojos.

Lentamente se incorporaron, clavando sus amenazadoras pupilas en el joven, y ya las manos iniciaban cientos movimientos cuando una voz les detuvo. El Mayor Pitt terminaba de aparecer en la puerta.

—¿Qué ocurre?

Uno de los hombres se volvió a él. Los demás recobraron la compostura y sus ojos perdieron brillo.

—Nada, señor; Adams se ha emborrachado y...

El Mayor enarcó las cejas. Sus ojos se fijaron en el hombre que yacía en el suelo contemplándolo un segundo, y luego los volvió hacia Sidney. Al lado de éste se hallaban los que habían ido con él hasta aquel lugar, y el gigantón parecía desconcertado. Él y el Mayor Pitt cambiaron una mirada.

—Lamento que haya usted presenciado esta lamentable escena —dijo el último con una agradable sonrisa dirigiéndose al joven—. Son los inconvenientes con que a veces tropiezo por mi rara manía de querer ser excesivamente benévolo.

Hizo una seña a los que se encontraban junto al caído y éstos lo levantaron, cogiéndole por debajo de las axilas. Sin apresurarse lo sacaron de allí, desapareciendo por un estrecho corredor. Se oyó el golpear de una puerta y los pasos de los que se alejaban. Antes de que nadie hubiera roto el silencio que se produjo llegó distintamente a los oídos del joven el ruido de unos pies como si éstos tropezaran con un escalón, y la interjección ahogada de uno de los que se fueron.

El Mayor Pitt hizo un leve movimiento de cabeza y sus escrutadoras pupilas se clavaron en Sidney.

—Espero que no nos haya juzgado mal, señor Philby; sucesos

como éste se producen a menudo y es imposible atajarlos.

Calló de nuevo. Nadie había hablado hasta entonces y las miradas se centraban en él.

—¡Strong! —dijo al gigante—. Le confío a nuestro huésped. No creo que vuelva a verme en la necesidad de intervenir.

Inició una reverencia y se alejó con dirección a su despacho. La mano de Strong se apoyó pesadamente en el hombro del joven.

—¿Le parece que nos sentemos, señor Philby?

Volvieron dentro. Las pupilas de Sidney aparecían claras en contraste con las que se fijaban en las suyas. Particularmente Strong y Jim no le quitaban la vista de encima. Durante unos minutos se movieron en los asientos como si no se hallaran a gusto. Algo raro flotaba en el ambiente. Un leve roce contra el suelo hizo que todos se volvieran adoptando posturas forzadas. La entrada silenciosa del camarero con lo pedido rompió la tensión. Pareció como si en aquel instante volvieran las respiraciones a su estado normal.

Revolotearon las sonrisas en los labios y el ruido del líquido al caer en las copas puso punto final a la situación aquélla.

Strong se llevó la suya a la boca.

—Por usted, señor Philby.

Bebieron en silencio. Sidney apuró el *whisky* de un trago y se retrepó en la butaca entornando los ojos. Acabó por sonreír.

—Estúpido licor —dijo mientras chasqueaba la lengua—. No me extraña que ese Adams cayera al suelo; es demasiado bueno para aguantarlo a pie firme.

—¡Bah! —exclamó despectivo Strong—. No niego que haya cierta clase de gente que no lo soporte y Adams... ¿Vio usted cómo caía?

Al hacerle la pregunta, Sidney vio fijas en él las miradas del gigante y las de los que le rodeaban.

—Sí —repuso echándose hacia atrás en el asiento—. Fue una caída perfecta y difícil de imitar. Le habría sido imposible evitarla.

Entreabrió los labios con una sonrisa enseñando los dientes mientras sus azules ojos parecían divertidos.

—¿Usted cree?

—Estoy seguro. He visto muchas como ésa y todas ejecutadas de igual forma. Hay que tener la cabeza muy bien sentada sobre los hombros para no rodar como él lo hizo.

Volvió a sonreír. Por entre los entornados párpados sorprendió miradas de inteligencia y algunas manos que se habían introducido en los bolsillos se apartaron de ellos. Strong escanció de nuevo en las copas y se volvió a Sidney.

—Creo que llegaremos a ponernos de acuerdo en muchas cosas, señor Philby; tiene usted algo que me agrada y es la rapidez para comprender ciertos momentos de la vida.

—¡Oh! Voluntad no me falta —aseguró—. En una profesión como la mía es imprescindible poseer ciertas dotes como, por ejemplo, conocer a las personas con sólo un vistazo.

—¿Sí? ¡Vaya! Y... ¿ha puesto usted en práctica con nosotros esa peculiaridad suya?

—¡Naturalmente!

—Me gustaría saber la opinión que le merecemos.

—Empezaré por usted, ¿conforme?

Se había incorporado en la butaca y continuaba sonriendo. Se inclinó hacia adelante para coger su copa y tras beber un sorbo de *whisky* fijó los ojote en su interlocutor.

—Creo no equivocarme al decir que no es lo que representa; viste como un caballero y lleva la ropa con soltura pero haría mejor papel en un gimnasio que en un club de Piccadilly.

La mano de Strong se crispó sobre el cristal y por un momento pareció que éste se iba a quebrar en sus dedos. Apretó las mandíbulas y achicó los ojos.

—¿Ha terminado?

—No, aun no; añadiré que no me agradaría encontrarme con usted, solo, sin una pequeña «amiga» en la mano.

Lentamente se puso en pie. Los rostros habían vuelto a oscurecerse y las miradas se tornaron duras. Como obedeciendo a una señal, cuantos allí había se levantaron y Strong entre ellos. Éste y Jim se miraron un segundo.

Sidney se apartó unos pasos. Jim y el resto de los hombres se diseminaron por la sala de juego como si se dispusieran a salir, aunque en realidad lo que hicieron fue situarse junto a la puerta. El joven se volvió tranquilamente y dejó la copa sobre una mesita.

Al girar se le interpuso Strong.

La mano del gigante se le clavó en un hombro.

—Espere un segundo.

Sidney obró tan rápidamente que, cuando los presentes quisieron darse cuenta de lo sucedido, Strong rodaba por el suelo. Le había bastado para derribarle una hábil zancadilla y una simple torsión del brazo que le sujetaba.

Jim se llevó la mano al bolsillo y los hombres que se hallaban junto a la puerta dieron un paso hacia adelante mientras el caído se incorporaba hecho una furia. Sidney, sin perder la sonrisa, no le quitaba ojo.

—Me olvidé decirle antes que hay cosas que no puedo aguantar y una de ellas es esta: que me pongan la mano encima.

—Le alabo el gusto.

Estas palabras inmovilizaron a todos. El Mayor se aproximaba a ellos y en sus grises pupilas había una chispa burlona cuando se dirigió a Strong.

—Veo que no ha tratado a nuestro huésped con la corrección necesaria —dijo—. Lo tendré en cuenta, para sucesivas ocasiones.

Se adelantó al encuentro de Sidney. En la puerta, y siguiendo al Mayor los pasos, apareció Dan. El rictus desdeñoso de su boca se pronunció al hacerse cargo de lo ocurrido y sus ojos contemplaron un segundo al gigante.

El Mayor Pitt se acercó a Sidney.

—Señor Philby, permítame que le felicite; hasta la fecha no había visto a ninguno hacer lo que usted ha hecho. Creo que Strong habrá aprendido algo esta mañana.

Sacó una pitillera del bolsillo y brindó de fumar al joven. Luego se volvió para ofrecer a Dan, y al tiempo que éste le daba lumbre, exclamó:

—¡Caramba, Peyton! ¿Sabe que su amigo me gusta?

Paseó la vista en torno. Strong estaba lívido y Jim y los que se agrupaban con él parecían hacer esfuerzos por contenerse. Dejó resbalar por ellos la mirada y se volvió a Sidney de nuevo.

—¿Le parece buena hora para almorzar o prefiere hacer algún otro ejercicio? Por mí no lo deje.

Sidney sonrió. Exhaló una bocanada de humo y se disponía a contestar cuando un rápido taconeó y rumor de faldas hizo que dirigiera la vista hacia la puerta. Los rostros se volvieron. El taconeó aumentó en sonido y un segundo después entraba en la sala una preciosa joven.

Atravesó el espacio que la separaba del Mayor sin importarle lo más mínimo las miradas que la dirigían, y al llegar al lado de éste preguntó con una voz que obligó a parpadear a Sidney como si no estuviese seguro de haberla oído:

—¿Puedo saber, papá, cuánto tiempo habré de estarte esperando?

Llegaron a la puerta del club.

Un «Rolls Royce» magnífico, con el chofer, gorra en mano, sosteniendo la portezuela, les esperaba. El Mayor se volvió a Sidney.

—Señor Philby, celebro mucho haberle conocido y espero sabrá disculpar si no he podido cumplir mi palabra. Le debo una comida y no se me olvidará fácilmente. ¿Puedo contar con su compañía esta noche en el club? Me gustaría hacerle una pequeña proposición.

—Encantado, Mayor; le prometo que volveré esta noche.

Sidney se llevó la mano al sombrero para saludar al tiempo que el Mayor y su hija se introducían en el automóvil. Ella le dedicó una nueva sonrisa y durante unos minutos, después que hubo arrancado el coche, permaneció de pie al borde de la acera viendo cómo el «Rolls Royce» se alejaba.

Echó a andar. Durante cierto tiempo caminó con el pensamiento fijo en la maravillosa joven que terminaba de conocer sin darse cuenta de que un hombre le seguía los pasos. Por Aldgate High y en el cruce con Leadenhall se detuvo unos segundos para esperar la señal de tráfico.

Se apoyó en la farola junto al bordillo y sus ojos recorrieron al azar el conglomerado de autos y camiones que rodaban por la calzada. De pronto experimentó un ligero sobresalto. Le pareció ver en el interior de un taxi una cara conocida y unos ojos crueles. Fue cuestión de un segundo. El taxi pasó junto a él con formidables explosiones de motor e instintivamente ladeó la cabeza y la agachó unas pulgadas. Se oyó un golpe seco contra la farola. Su sombrero le fue arrebatado de la cabeza y la señal de tráfico sonó estrepitosamente.

Se inclinó para recoger el sombrero mientras los ojos de algunos transeúntes se volvían a él con curiosidad. Una sonrisa brotó de sus labios al ver un pequeño agujero en la copa de su flexible. Le habían disparado con silenciador aprovechando las explosiones.

Con la prenda en la mano atravesó la calle mezclándose entre el gentío. Minutos después se detenía y parado junto a un escaparate observó el agujero de una forma disimulada. Éste se hallaba a la altura de la cinta y en el centro casi de la parte derecha. Observó por la luna los rostros de cuántos cruzaban ante él, y echando a andar hizo con la mano una seña a un taxi. Se metió dentro.

—Al Strand, por favor —dijo al chofer—; paré en Bedford Street.

Se arrellanó cómodamente y sacando un *lucky* lo encendió, fumando durante cierto tiempo sin que un solo músculo de su rostro se alterase. Por último entornó los párpados y la sonrisa asomó a sus labios de nuevo. Antes de quedarse dormido murmuró entre dientes:

—No puede negarse que la «faena» promete ser movidita.

CAPÍTULO III

Se despertó bruscamente al ser zarandeado.

Sonrió al chofer como disculpa por haberse dormido y salió del taxi dejando en las manos del conductor una buena propina. Echó a andar por la acera y poco después entraba en un portal, comenzando a subir los escalones que conducían a su piso.

Al llegar ante una puerta se metió la mano en el bolsillo, sacando una pequeña llave que introdujo en la cerradura. Cerró la puerta a sus espaldas, y tirando el sombrero a uno de los ganchos del perchero que estaba enfrente adosado a la pared, se dirigió hacia la salita, dejándose caer en una butaca.

Al punto se levantó. La puerta que comunicaba con su dormitorio terminaba de abrirse y un hombre apareció en el marco.

Sidney enarcó las cejas y volvió a sentarse.

—¡Qué susto me ha dado, jefe!

El hombre sonrió mientras se aproximaba al joven, y tomó asiento al lado de éste, a la vez que le ofrecía un cigarrillo.

—¿Todo bien?

—Creo que sí; hasta la fecha no puedo quejarme por mi suerte. Únicamente me han estropeado el sombrero.

—¿Quiere decir...?

—¡Bah! No merece la pena; el tipo que me disparó se precipitó un poco y por esta vez estoy vivo.

Se hizo un silencio entre los dos hombres.

—¿Averiguó algo?

—De momento, nada. He prometido al mayor Pitt volver esta noche. Por lo visto, le he impresionado. ¿Conocía usted, jefe, la existencia del club?

—Sí.

—¿El mayor Pitt es el hombre?

—Tenemos la seguridad absoluta. Ándese con cuidado, Philby,

es peligroso.

—Ya me di cuenta, jefe, en cuanto le eché la vista encima; no va a resultar fácil la cosa.

—¿Vio la fábrica?

—No.

—Si tiene ocasión de ello, abra los ojos y fíjese en los más mínimos detalles. Debe haber algo allí que nos interesa grandemente.

—¿Supone usted...?

—No puede ser de otra forma. La correspondencia particular del mayor, como la que mantiene la fábrica, es interceptada continuamente sin que hayamos podido encontrar o ver la manera de que se valen para dar noticias al enemigo.

—¿Alguna emisora?

—Hemos descartado la idea; durante meses y meses nuestros coches patrullas han efectuado *raids* por todos los alrededores sin que los gonios captaran ondas de ninguna clase. Deben valerse de algún sistema desconocido y que es preciso averiguar.

—Se averiguará, jefe.

—¿Tuvo dificultades para el «contacto»?

Sidney retiró el cigarrillo de la boca y sonrió durante unos segundos.

—Si he de decirle la verdad, jefe, no esperaba que se produjera en la forma que se hizo; fue una obra maestra.

—Bien. ¿Qué tal pasó la noche?

—Endemoniadamente.

—Le creo.

Se incorporó en la butaca poniéndose de pie.

—Me voy, Sidney; no es preciso que le aconseje prudencia, ¿verdad?

El joven sonrió al tiempo que se levantaba. Acompañó hasta la puerta a su visitante y ya éste en el rellano se volvió para decir:

—Es posible que no nos volvamos a ver hasta el final del asunto; de todas formas, viva alerta y no se descuide.

Hizo un saludo con la mano y desapareció por la escalera.

Sidney cerró la puerta con llave y corrió el cerrojo. Se desperezó durante unos segundos mientras volvía a la salita, y ya en ésta, se introdujo en el dormitorio. Dirigióse al cuarto de baño. Durante

cierto tiempo se oyó el ruido del agua al caer, y cuando apareció de nuevo lo hacía envuelto en una amplia toalla. Bajo el brazo llevaba la ropa que se había quitado y la tiró sobre una silla. Púsose un pijama, y de un armario sacó una botella de la que se sirvió una copa. Respiró fuerte y chasqueó la lengua. Con perezoso andar fue hacia el balcón, persuadiéndose de que las vidrieras estaban cerradas. Se aproximó al lecho. Dando un suspiro se dejó caer, y ya iba a cerrar los ojos cuando se incorporó. Del cajón de la mesita de noche extrajo un paquete de cigarrillos y una pistola «Colt» automática de calibre 25, arma chata y minúscula, modelo de bolsillo de cuatro pulgadas y media. Observó su funcionamiento, y poniendo un proyectil en la recámara, la ocultó entre las ropas. Cogió un cigarrillo. Mientras lo encendía, entornó los párpados. Dejó caer la cabeza y fumó incansablemente durante unos minutos con la imaginación puesta en la delicada figura de la hija del Mayor. Le parecía estarla viendo cuando le despidió con una sonrisa a la puerta del club antes de meterse en el automóvil. Entornó los ojos. Se llevó de nuevo el cigarrillo a la boca y al retirarlo consultó la hora en su reloj. Lanzó una exclamación y aplastó el cigarrillo en el cenicero. Se arrebujó lo mejor que pudo y dejó caer los párpados. Segundos más tarde dormía a pierna suelta.

Le temblaron imperceptiblemente las aletas de la nariz. Trató de abrir los ojos y pareció que los párpados se estremecían un segundo en un inútil esfuerzo por alzarse. Le dolía terriblemente la cabeza. Lanzó un suspiro. A sus oídos llegó rumor de voces, y haciendo un nuevo esfuerzo, consiguió entreabrir los párpados. La luz le cegó al herir sus retinas y los dejó caer pesadamente. Respiró hondo. El murmullo de voces se hizo más audible y por fin logró entender parte de lo que hablaban.

—Me parece que va a despertarse —dijo una voz.

Adams se llevó una mano a la cabeza al tiempo que abría los ojos.

Contuvo un gesto de dolor y se quedó mirando fijo a los hombres que se hallaban no lejos de él contemplándole con sardónica sonrisa.

Clavó en ellos la vista y quiso alzarse sin conseguirlo. Al iniciar el movimiento se le agudizó el dolor de la cabeza y sintió un mareo que trató de contener agarrándose al brazo del sillón donde estaba

sentado. Tuvo necesidad de apretar los párpados para dominar la molesta sensación que experimentaba.

Permaneció durante unos minutos sin moverse. Luego levantó poco a poco la cabeza, y cuando consideró que el mareo había pasado, se atrevió a mirar de nuevo.

Se encontró en el interior del laboratorio. La potente bombilla colocada en el centro de la habitación iluminaba la escena y los rostros de los que se hallaban ante él le parecieron en esta ocasión más odiosos que nunca.

Volvió a llevarse la mano a la parte dolorida, sin apartar las pupilas de los que le contemplaban. Uno de ellos se le aproximó.

—¿Qué, te encuentras mejor ahora?

Se abstuvo de responder. Su mano no dejaba de pasar y repasar por la nuca, tanteando.

—¡Vamos! Eso no es nada —dijo el que habló—. Podía haber sido más y a estas horas no estarías contemplándonos como embobado. ¿Quieres decirnos qué pretendías hacer al salir de la fábrica como lo hiciste?

Adams se pasó la lengua por los labios antes de preguntar:

—¿Dónde está el Mayor?

—¿El Mayor? No creo que fueras a buscarle, ¿verdad? Cuando te encontramos ibas camino de la calle y si no lograste salir del club, fue debido a que tanto Rawson como Holman se encontraban en el bar en aquel momento. ¿Quieres decirnos qué pensabas hacer?

Adams volvió a pasarse la lengua por los labios. El que le hablara se le había acercado y le miraba con el ceño fruncido. Los demás se le aproximaron lentamente, pero pudo ver en ellos amenazadoras miradas.

—No sé por qué se lo preguntas, Jarvis —indicó el llamado Holman—. Demasiado lo sabemos: iba a ir con el soplo a la policía.

Las facciones de Jarvis se iluminaron con una sonrisa siniestra, mientras lanzaba una mirada de reojo a su compañero.

—¿Tú crees, Holman?

Se dirigió a Adams.

—¡Vamos, contesta! ¿Quieres hablar de una vez?

Adams parpadeó. Era un hombre anciano, pequeñito, de arrugadas facciones y espaciosa frente, que en aquel instante tenía perlada de sudor.

Silabeó:

—Agua.

—¿Agua? —Gruñó Jarvis—. Es la primera vez que te oigo pedirla. Te daré *whisky*, que sería lo que ibas buscando, ¿no es esto?

Lanzó una carcajada brutal y haciendo un gesto a uno de los hombres, interpelló de nuevo:

—Mejor será que contestes cuanto antes a mis preguntas. ¿Qué ibas a hacer cuando saliste de la fábrica?

—Quería beber un peco. Me encontraba cansado y...

—¡Miserable!

La mano de Jarvis salió disparada yendo a abofetear el rostro del anciano. Éste se acurrucó en el sillón y contempló con odio al que le golpeara. Sus labios se movieron con un tic nervioso que no pudo reprimir.

—Conque a beber, ¿eh, viejo? —siguió diciendo Jarvis con una falsa sonrisa—. ¿A beber o a ir con el cuento de lo que aquí se hace? ¡Valiente piltrafa! Si nos hubiéramos deshecho de ti hace tiempo, nos habríamos evitado dolores de cabeza.

Se volvió al hombre que tenía en la mano un vaso de *whisky* y se lo arrebató de un zarpazo.

—¡Toma! ¡Bebe! —continuó, entregándoselo a Adams—. A lo mejor de esta forma conseguimos algo.

El anciano cogió el vaso que le ofrecían y se lo llevó a la boca. Durante unos segundos permanecí con él en la temblorosa mano, mirando como fiera acosada a los que estaban junto al sillón. Poco a poco, pareció que recobraba fuerzas y se atrevió a beber otro sorbo.

La risa de Jarvis hizo que no apurase el vaso por completo.

—¿Te gusta, eh?

Adams trató de levantarse sin al parecer haberse enterado de la última pregunta, pero Jarvis le empujó violentamente hacia atrás al tiempo que le quitaba el vaso.

—No te muevas, viejo; podrías caer y te volvería a doler la cabeza. ¡Sería una lástima!

Devolvió el recipiente al hombre a quien se lo arrebató y se inclinó sobre el rostro del anciano...

—Escucha, Adams —dijo, hablando pausadamente, pero con acento frío y cortante—. Hace tiempo que te vengo observando y algo bulle por tu maldito cerebro. ¿Quieres decirme lo que es?

El interrogado guardó silencio sin apartar la mirada de los ojos de Jarvis. Éste alzó de nuevo la mano y ya iba a golpear otra vez a Adams, cuando se abrió la puerta de la habitación y Strong penetró en ella seguido de Dan Peyton.

Éste preguntó desde la puerta del laboratorio:

—¿Quieres estarte quieto, Jarvis?

El aludido se volvió al tiempo que lo hacían los que con él se hallaban. Precedido de Strong, penetró Dan en la pieza. El rictus desdeñoso de sus labios se hacía visible y el agresivo mentón apuntaba inexorablemente hacia el hombre a quien se había dirigido.

Dio unos pasos hasta encontrarse junto a él.

—Te he dicho en más de una ocasión. Jarvis, que me desagrada la violencia en la forma en que sueles emplearla. Espero que no te lo vuelva a tener que repetir.

Continuó su avance hacia el anciano, y al llegar donde éste se encontraba, dulcificó el tono.

—¿Te sientes mejor, viejo? No sabes cuánto lamento lo ocurrido. Puedes levantarte si quieres y volver a tu trabajo. Este Jarvis es algo bruto y no sabe cómo tratar a las personas como tú. ¿Quieres que te ayude?

Se aproximó a él y tomándole de un brazo le ayudó a incorporarse y que se pusiera de pie.

—¡Vamos! —añadió, golpeándole cariñosamente en las espaldas—. Olvida lo sucedido y vuelve a tu puesto. Ya sabes que hay faena por hacer y si llegase en estos momentos el Mayor, se enfadaría al ver a sus hombres brazo sobre brazo.

Adams parpadeó, incrédulo. Sus ojos se fijaron en el rostro del hambre que le sostenía.

—¿No me harán nada? —preguntó, balbuciente.

—¿Hacerte? ¿El qué? No temas, viejo; nadie se atreverá a ponerte la mano encima. Sólo un, bruto como Jarvis es capaz de hacer lo que hizo y ya veremos lo que dice el Mayor Pitt cuando yo le dé cuenta de lo que ha pasado. ¿Quieres, un *whisky*?

Se volvió a mirar a uno de los hombres y le hizo una imperceptible seña con los ojos. Segundos después tendía un nuevo vaso a Adams y éste se lo bebía atontado aún, sin apartar las pupilas de Dan.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, señor Peyton.

—Conforme; vuelve a tu trabajo y no te preocupes de nada.

Adams miró recelosamente a un lado y a otro. No parecía sentirse muy seguro y erraba la vista por el cuarto, sin llegar a comprender nada de lo que le estaba sucediendo.

Dan le tranquilizó.

—¡Adelante, viejo! ¡Adelante! Hay que preparar una remesa y es preciso que esté dispuesta para la noche. Los camiones esperan la carga para llevarla al puerto y el Mayor me ha rogado que te lo haga saber. Se preocupará del embarque el amigo Strong. Yo tengo libre la noche y si quieres te acompañaré a casa.

Hizo una pausa antes de seguir mientras miraba al anciano y luego a Jarvis.

—Creo que sería lo mejor para ti. De esta manera te evitaría la molestia de que pudiera salirte alguien al encuentro y volviera a golpearte de nuevo. No parece que le has caído en gracia a más de uno de los que aquí se encuentra.

Adams paseó la mirada por los rostros que le contemplaban ceñudos. Un rayo de luz animó sus ojos y, volviéndose a Peyton murmuró, al tiempo que se dirigía hacia la puerta:

—¡Gracias! ¡Muchas gracias! Le esperaré y saldremos juntos. Yo vivo aquí cerca... en los Docks... por Pennington Street.

—Lo sé, viejo; vete tranquilo y no te olvides de aguardarme al concluir el trabajo. Tomaremos una copa antes de despedirnos.

Salió Adams tambaleándose aun y la puerta del laboratorio se batió tras él durante unos segundos. Jarvis, Holman, Rawson y Strong clavaron la vista en Dan. Éste torció la boca y el desdeñoso rictus de sus labios se acentuó hasta el límite. Sus ojos se achicaron y el mentón se le afirmó hacia adelante con violencia. La amenazadora luz de sus pupilas se hizo risible a través de los entornados párpados.

Jarvis lanzó una maldición antes de gruñir:

—¿Te has vuelto loco, Dan? Ese condenado viejo...

—¡Imbécil! —chilló Peyton, asaltándole con la vista—. ¿Por tan tonto me tomas? Ese viejo dará esta noche un paseo conmigo y será el último que dé en su vida.

Sonrió desagradablemente y volviéndose a mirar a Strong salió

con él del aposento, andando con felinos pasos que contrastaban con los ágiles, sí, pero torpes a su lado, del gigantón que le acompañaba.

Al oír ruido de pasos, el Mayor Pitt alzó la cabeza.

Dejó el papel que estaba leyendo sobre una bandeja de mimbre que se veía en un extremo de su magnífico escritorio y se echó hacia atrás en el sillón.

La puerta del despacho se abrió suave. Dan penetró en él.

—Siéntese, Peyton.

Éste se deslizó por el piso hasta llegar a una butaca, donde se dejó caer. Por espacio de unos segundos, ambos hombres se miraron en silencio.

—¿Salió bien el encargo?

—Sí, Mayor; esta noche Adams irá conmigo de paseo.

El *gentlemen* sonrió humorísticamente. Tabaleó con sus cuidados dedos sobre la carpeta y sacando una pitillera de oro, extrajo de ella un cigarrillo que se llevó a la boca. Al encender, miró fijamente al hombre que le observaba. Jugueteó un minuto con el cigarrillo. Chupó en silencio y expelió fuertemente el humo.

—Ha sido una verdadera contrariedad, Peyton —suspiró más que dijo—. Primero, lo ocurrido con usted; luego... lo de ese pobre Adams... Voy temiendo que algo no marcha como es debido en el negocio y será preciso tomar precauciones.

Esperó unos segundos. Dan continuaba contemplándole.

—¿Usted cree, Mayor? —inquirió al fin.

Éste se echó hacia adelante y volvió a fumar.

—No solamente lo creo —repuso—, sino que estoy seguro de que algo no marcha. Aun voy dando vueltas en la cabeza al incidente que le llevó a usted a ser detenido y no termino de verlo claro. ¿Por qué diablos se le ocurrió a aquella chica de la W.A.A.F., encontrarse con usted en el «Collin's»?

Y... ¿por qué armó tanto alboroto diciendo —si no era verdad— que usted trató de sobrepasarse con ella?

Sus ojos buscaron los de Dan y clavó en ellos una penetrante mirada que éste aguantó firme.

Desvió la vista y tabaleó de nuevo.

—No me gusta, Peyton, no me gusta; esa chica perseguía algún

fin y no podía ser otro que su detención. Ahora bien: Si lo que perseguía era que le detuvieran... ¿qué objeto la impulsaba a hacerlo?

—Lo ignoro.

—¿No se ha dejado usted nada por contarme de lo que le sucedió aquella noche?

—En absoluto, Mayor.

—Siendo así...

Se detuvo y dejó de tablear. Sus ojos se animaron y una sonrisa burlona acudió a su boca.

—Voy creyendo, Peyton —siguió suave y como si hablara para él mismo— que su encuentro con Sidney Philby no ha sido tan casual como usted haya podido figurarse.

Dan enarcó las cejas peligrosamente. Le fulguraron los ojos.

—¡Philby!

El desdeñoso rictus de sus labios volvió a aparecer y se alzó de la butaca con flexibilidad.

Dio unos pasos con dirección a la puerta.

—Espere.

Se detuvo en el centro del despacho. Volvióse con lentitud y fijó en el Mayor la mirada. Éste había vuelto a tablear y cuando habló lo hizo sin alterar el tono y sin perder la sonrisa.

—No tenemos pruebas, Peyton; fíjese bien: no tenemos pruebas. Eso no obstante, me parece que sería conveniente no perderle de visita. Si no es lo que sospecho... pudiera sernos de utilidad; de la misma, forma que engañó a Strong con su ingenuidad aparente, podría engañar a más de cuatro que conozco en Londres. Y... si tuviera la desgracia de pertenecer a una de esas... llamémoslas «asociaciones» de Whitehall... lo sentiría. Me causó buena impresión y lamentaría truncar su carrera. ¿No opina usted lo mismo?

Peyton se dirigió hacia la butaca que había abandonado. Sentóse despacio y esbozó un gesto significativo. Sus largas manos se asieron a los brazos de la butaca y crispó en ellos los dedos.

—En efecto, Mayor —dijo—. Sería, una lástima.

Renació el silencio en el despacho. El Mayor Pitt se llevó el cigarrillo a la boca, dando unas chupadas abstraído al parecer en alguna idea que terminaba de ocurrírsele. De pronto, se levantó del

sillón, plantándose delante de Dan.

—Escuche, Peyton.

Rascó con la uña del meñique una supuesta mota en la solapa de su bien cortada chaqueta y prosiguió:

—Nuestro común amigo Philby vendrá esta noche al club y hemos de hacer todo lo necesario para que pase una agradable velada. No es conveniente que diga nada a sus hombres con el fin de que éstos no se comporten de una forma que dé lugar a recelos. Strong, sobre todo, debe ignorar cuánto hemos hablado. La lección que recibió esta mañana no la habrá olvidado aun y pudiera cometer tonterías que serían irreparables. Usted es el encargado de hacer a nuestro amigo los honores debidos... tan pronto como termine ese paseo que tiene que dar con... ese pobre viejo alcohólico a quien mencionamos antes.

Giró en redondo. Llegó hasta la mesa y aplastó el cigarrillo contra la plana superficie de un cenicero de metal. Iba a volverse cuando el timbre telefónico repiqueteó a su lado.

Descolgó el receptor, llevándoselo al oído.

—¿Qué hay?

Durante unos segundos escuchó en silencio lo que le decían y colgando de nuevo se volvió a Dan.

—Parece que la remesa está a punto y sólo faltan ultimar algunos detalles. Voy un momento a ver qué es lo que tiene Jarvis que decirme. Puede permanecer si quiere en mi despacho, Peyton, vuelvo enseguida.

Salió, sin volver la cabeza. La puerta se cerró tras él y Dan se arrellanó en la butaca entornando los párpados. Durante unos minutos cualquiera hubiera dicho que dormía. No obstante, estaba más alerta que nunca y con los músculos en tensión.

La puerta volvió a abrirse y se incorporó en el asiento. Inmediatamente se puso en pie, mientras le brillaban las pupilas.

Sonrió a medida que avanzaba.

—¡Caramba, señorita Mary!... ¿Busca usted al Mayor?

La graciosa joven que acababa de entrar se detuvo sorprendida.

—Sí, señor Peyton —repuso—. Creí que mi padre estaba en el despacho.

—Termina de salir. Me dijo que le esperase y... aquí me tiene. ¿Quiere que lo llame?

Ella negó con la cabeza.

—¡Oh! No se moleste; no tengo nada que decirle.

—Malo, señorita; cuando una mujer confiesa que no tiene nada que decir...

Rió la muchacha, mostrando una hilera de dientes perfectos.

—Y es la verdad; entré únicamente para verle.

—Lo celebro. Gracias a ello puedo admirarla a mis anchas. Hacía tiempo que no tenía tanta fortuna.

La sonrisa se disipó en los labios de la joven y sus lindos ojos pardos se oscurecieron. Apartó la mirada, Y por unos momentos titubeó. Peyton adelantó unos pasos y, al llegar junto a ella, se detuvo.

—¿No quiere sentarse, señorita?

—No, volveré luego.

Hizo por salir. Él la interceptó el paso. Una cínica sonrisa se dibujaba en su boca.

Con un gesto la obligó a detenerse.

—No se vaya aún. Como decía antes, hacía mucho tiempo que...

Mary le atajó.

—Déjeme salir.

Dan sonrió complacido.

—Espere un momento. Antes he de decirle que está usted encantadora. ¿Lo sabía?

—Gracias, señor Peyton; puede ahorrarse los cumplidos si quiere. No los necesito.

—¿No? ¡Qué lástima! ¡Y yo que esperaba los acogiese con agrado!... Creí que no le eran del todo indiferentes.

Volvió a sonreír. Ella se turbó un segundo, pero se repuso pronto. Insistió de nuevo:

—¿Quiere dejarme paso?

—¡Claro, preciosa! Una chica como usted se merece todo.

Los ojos de Mary relampaguearon.

—Le tenía por un caballero.

—Y... ¿no lo soy?

Ella le desafió con la vista.

—Me estoy preguntando, señor Peyton, qué representa usted en esta casa. No quisiera tener que informar a mi padre de su conducta.

Dan rechinó los dientes. Lentamente se aproximó a la joven y ésta retrocedió de espaldas hasta tropezar con la mesa despacho. Sus pupilas se dilataban a medida que disminuía la distancia que la separaba de Peyton.

De pronto, se oyó ruido de pasos fuera y la puerta se abrió de golpe. El Mayor Pitt apareció en el umbral. Con rápida mirada abarcó la escena sin que se le alterase un solo músculo.

Dan se volvió a él. Su rostro era inescrutable.

El Mayor avanzó sonriendo hasta donde se encontraba su hija y ésta, lanzando una exclamación, corrió a su lado.

—¡Papá!

—¿Me buscabas?

Afirmó ella.

Se desprendió de los brazos de la joven para ir a ocupar su asiento en el sillón. Ya en éste contempló a su hija de nuevo.

—¿Querías alguna cosa?

Mary volvió a afirmar.

—De acuerdo, querida; cuenta con ella.

Sonrió al dirigirse a Peyton.

—Nos veremos más tarde, ¿no?

Dan asintió ligeramente, y ya iba a salir, cuando la voz del Mayor le detuvo junto a la puerta.

—¡Ah! Se me olvidaba, Peyton; Adams, creo que ha preguntado por usted. Parece ser que le espera para que le acompañe a casa.

La puerta del despacho se cerró tras una significativa sonrisa que cruzaron los dos hombres. Por unos momentos los ojos del Mayor no se apartaron de la dirección por donde desapareciera Dan, y la sonrisa murió en sus labios, que se apretaron firmes hasta formar una delgada línea en la boca. Por los entreabiertos parpados lucía una siniestra luz, que daba una expresión dura a sus correctas facciones.

Mary le contempló en silencio, sin acertar a explicarse la transformación aquélla, y, acercándose a él, le echó un brazo alrededor del cuello.

Musitó a su oído:

—¡Tenía unas ganas de verte!...

El Mayor parpadeó un segundo. Luego abrazó a su hija, y repuso, mientras volvía a él la sonrisa de antes:

—Lo creo, querida; Peyton es un buen chico y me es útil, pero su compañía no es la más indicada para ti —y añadió, ampliando la sonrisa y volviendo los ojos hacia la puerta—: ¡Quién sabe! A lo mejor cualquier día se va para siempre y no le volvemos a ver más.

Entornó los párpados y tabaleó con los dedos, pensativo, mientras la sonrisa se helaba en su boca.

Dos sombras se destacaron confusamente en el cruce de Pennington Street con Old Gravel Lane por la parte norte de los desembarcaderos del muelle de Londres.

Una de ellas se tambaleaba aparatosamente, y hubiera caído en más de una ocasión de no haber sido sujetada por la que iba a su lado.

Se las vio meterse por la última calle mencionada y pararse en el centro de los Docks. La obscuridad era completa en aquel sitio. Las barcas que se veían a un lado y a otro, amarradas a los desembarcaderos, se adivinaban tan sólo en las sombras, aumentadas éstas por los barcos de carga adosados al muelle.

La negra masa del agua se agitaba a ambos lados con sordo rumor, y alguna lucecita brillaba a lo lejos parpadeando.

De pronto se vio a las sombras aproximarse a una de las orillas. La más pequeña pareció resistirse a avanzar, pero, empujada constantemente por la otra, terminó por ceder. Se perfilaron durante un segundo al borde del agua. Luego, la más alargada de ellas, empujó bruscamente a la que estaba a su lado, lanzándola al río.

Apenas si hendió los aires un grito débil y ronco, apagado por el chapoteo de un cuerpo al caer. La alargada sombra se inclinó un momento, tratando de ver en la obscuridad. Luego se irguió en toda su estatura, y, al volverse para mirar a ambos extremos de la calle, brillaron unos ojos siniestros que animaban el desdeñoso rictus de una sonrisa.

Volvió a inclinarse de nuevo. El chapoteo decrecía, y un glop, glop, que crispaba se iba alejando. Enderezóse por último y volvió sobre sus pasos con dirección a Pennington Street, por cuya calle se deslizó, desdibujándose.

No bien hubo desaparecido la sombra, un hombre surgió de las negruras del muelle, lanzándose a todo correr hacia el sitio por donde se oyó el mortal chapoteo. Sus ojos buscaron ansiosamente

entre las aguas y con el oído atento aguardó unos segundos. Nada parecía turbar el silencio de la noche. El río proseguía con su sordo rumor y las lucecitas continuaban parpadeando en la distancia.

Algo creyó percibir no lejos. Un ruido leve, como producido por garganta humana en inútiles esfuerzos para elevar la voz, llegó hasta él. Una cosa blancuzca se agitó un momento en el río en desesperada y muda súplica de socorro, para caer de nuevo sobre las aguas.

El hombre no esperó más. La mano que viera en el Támesis se batía sin fuerzas, y su llamada era trágica y angustiosa. Se comprendía claramente que intentaba en vano asirse a algo que la impidiera hundirse entre la masa líquida de que emergía.

CAPÍTULO IV

James, el silencioso camarero del club, terminaba de poner encima de la mesita el servicio que le habían pedido.

La pequeña sala de juego se veía bastante animada, y en los rostros de la mayoría de los circunstantes resplandecía la alegría y el buen humor.

Se jugaba al *bridge*. La iluminación era espléndida, y de un salón próximo llegaba hasta allí la suave cadencia de unos bailables, cuyas notas eran cortadas de tanto en tanto por risas femeninas.

Strong llevó su copa a los labios y contempló un momento a los que le rodeaban.

Jim, Holman, Jarvis y Rawson bebieron a su vez. Parecían satisfechos.

Strong dejó la vacía copa y se volvió a mirar a sus compañeros.

—¿No ha venido Dan aún? —preguntó.

—¡Bah! —Gruñó Jarvis—. No tardará en hacerlo. Seguramente se habrá entretenido un poco.

—La faena lo merecía —aventuró Jim, guiñando un ojo—. Le conocéis demasiado para ignorar que le gustan las cosas bien hechas. No creo que tarde mucho en aparecer por el club.

—Siempre que no haya tenido tropiezos... —apuntó Holman.

—¿Tropiezos? —inquirió, desdeñosamente, Jim—. No es hombre, Dan, que los halle en su camino. Y, si los encuentra, pasa por encima de ellos antes de retroceder.

—Lo que hace falta es que no se manche los zapatos —replicó, significativamente, Holman—. No sería el primero.

—Desde luego... —concedió Jim—. Pero olvidáis algo de suma importancia en estos asuntos: el Mayor es quien conduce la nave y sabe perfectamente llevar el timón.

—¿Fue suya la idea?

—¿De quién, si no? ¿Habéis obrado vosotros alguna vez por

cuenta propia? El Mayor sabe lo que se juega, y procura elegir bien las cartas. Os digo que no debemos intranquilizarnos por la tardanza de Dan; lo más probable será que haya querido convencerse del resultado de su trabajo antes de volver.

—Dirás lo que quieras —insistió Holman, de nuevo—. Pero yo no me encuentro muy tranquilo esta noche.

—Tú siempre serás el mismo, Holman; cualquier cosa es capaz de hacerte perder el control de los nervios. Verdaderamente, no me explico que el Mayor no se haya fijado en ti antes.

—¿Qué quieres insinuar con eso, Jim? —preguntó, amenazadoramente, el aludido—. Soy tan hombre como el primero y...

—¡Zopenco! ¿Quieres bajar la voz? —Gruñó por lo bajo Strong, mientras le brillaban los ojos—. Vas a conseguir que todo el mundo se entere de lo que hablamos.

Se hizo un silencio en el grupo que formaban. Holman murmuró algo entre dientes, y volvió a beber. Jim prendió fuego a un cigarrillo, y Strong se retrepó en la butaca, mientras volvía la vista disimuladamente a un lado y a otro para convencerse de que las anteriores palabras suyas no habían sido escuchadas por los que se encontraban cerca.

Hizo una seña al camarero, que en aquel instante cruzaba ante él, y éste se le aproximó tan silencioso como de costumbre.

—Tráeme cigarrillos, James —pidió—. Me he quedado sin ellos.

El camarero hizo un gesto de aquiescencia y se deslizó por el piso como una sombra. Jim bisbiseó apenas aquel hubo salido:

—¿Os habéis fijado en James? ¡Demonio da hombre! Cuando uno quiere darse cuenta, lo tiene encima. Parece una serpiente. ¿De dónde lo habrá sacado el Mayor?

Strong sonrió durante unos segundos.

—Pregúntaselo a él, Jim; a lo mejor le encuentras en vena, y podría contestarte.

Cambiaron los hombres una mirada de inteligencia. Los jugadores que se apiñaban en las mesas próximas elevaron el tono de voz, como resultado de una jugada, y por unos instantes la atención se centró en ellos.

Holman consultó su reloj de pulsera, y el gesto fue sorprendido por Jim, quien rió por lo bajo.

Murmuró:

—Una vez más vuelvo a decirte que no te impacientes. Te estás poniendo nervioso.

La voz del Mayor llegó hasta ellos:

—¿Por qué? ¿Pueden decírmelo, señores?

Se volvieron. El Mayor Pitt terminaba de acercárseles, y les sonreía.

Iniciaron un movimiento.

—No se molesten por mí —atajó, con un ademán, al tiempo que acercaba a él un sillón próximo y tomaba asiento junto al grupo—. Me encuentro aquí perfectamente.

Siguieron unos instantes, durante los que su presencia en la sala de juego acaparó la atención general. James se presentó de improviso, sobresaltando a Strong, quien no le había oído acercar.

Ofreció a éste un paquete de cigarrillos y se retiró con el elástico y suave andar que le caracterizaba.

Los componentes del grupo le siguieron con la vista hasta verle desaparecer. Respiraron satisfechos cuando se hubo alejado.

El Mayor volvió a dedicarles una sonrisa, mientras les miraba uno a uno a los ojos.

—¿Era James la causa de su nerviosismo, señores? —volvió a preguntar.

Holman apartó la mirada, y Strong y Jim se contemplaron un segundo.

El gigante respondió, por fin:

—No, Mayor; efectivamente, hablábamos de él hace poco, pero la causa de que Holman se muestre un poco inquieto esta noche obedece a la tardanza de Dan. No se encontrará a gusto hasta que le vea en el club.

—¡Bah! Si es tan sólo eso, señores, puedo anticiparles que Peyton no tardará en reunírseos. Termino de hablar con él por teléfono.

Todos a una emitieron un suspiro de satisfacción al oír tales palabras. El Mayor sonrió de nuevo.

—Parece que la noticia ha hecho su efecto, ¿no es así?

Dejó transcurrir unos segundos, antes de continuar:

—Y, en cuanto a James se refiere, he de comunicarles que las referencias que me dieron de él antes de que entrara a mi servicio

no podían ser mejores. ¿Están complacidos?

Se llevó la mano al bolsillo del *smoking*, sacando la pitillera. Ofreció de fumar, y, mientras encendía, fijó la vista en Strong.

—¿No hubo ningún tropiezo?

—Ninguno, Mayor; efectuarnos la descarga de la mercancía como de costumbre. En uno de los tinglados del puerto se halla bajo la vigilancia de cuatro de los nuestros. No pudo resultar más fácil la cosa.

—¿Está seguro?

Strong se movió inquieto en su butaca.

—¡Completamente, Mayor! En todo el trayecto nadie nos molestó lo más mínimo ni nos pusieron inconvenientes al llegar. Los camiones fueron vaciados y no vi nada que pudiera hacérseme sospechoso.

—¿No encontraron caras desconocidas?

—Ninguna.

—¿En el muelle, tampoco?

—Tampoco.

—Bien; entonces, no sé a qué obedece la orden de retención del barco. ¿No lo sabían ustedes, señores?

La tensión que se hizo traslució en todos los rostros.

—¿Que ha habido una orden...? —preguntó Strong, agitándose violentamente en la butaca.

El Mayor clavó en él sus pupilas antes de responder:

—En efecto, ha habido una orden, y el barco no saldrá mañana, como estaba dispuesto. ¿Puede alguno de ustedes explicarme la causa?

El silencio que reinó en el grupo fue la respuesta.

El Mayor sacudió la ceniza de su cigarrillo antes de continuar:

—Espero que la retención no nos afecte, de lo contrario pudiera ser fácil que tuviéramos algunos quebraderos de cabeza, y supongo que todos ustedes saben lo que esto significa. Si los agentes del contraespionaje andan siguiéndonos, lo que pudiera suceder, revolverán la mercancía que se embarque antes de que esta salga del puerto.

Strong maldijo en voz baja y Jim achicó los ojillos. Holman se encogió en el asiento y miró a su alrededor desasosegado.

El Mayor sonrió fríamente a sus hombres.

—Supongo que la alarma durará poco —añadió—. Las medidas están tomadas, y esos sabuesos, por muy lince que sean, se retirarán con la cabeza gacha. No es tan fácil como suponen sorprenderme.

Se llevó el cigarrillo a la boca. La sonrisa no se había ido de sus labios, y sus ojos azules continuaban contemplando a los hombres que le rodeaban con mal disimulada ironía.

Jarvis estalló, al fin:

—¡Ese perro de Adams...!

El Mayor le interrumpió con un gesto:

—No mencione partes, se lo ruego; los nombres propios tienen un valor que hay que saber apreciar en determinados momentos, por muy violentos que sean. «Ese hombre» ya no puede hacernos mal ninguno, y bueno será que nos olvidemos de él. Por otra parte, no creo que tuviera tiempo de hacer nada que pudiera resultarnos... molesto.

Se volvió, con el tiempo justo de ver aproximarse a James a su lado.

—Mayor —dijo el camarero, con servil reverencia, mientras fijaba en él su huidiza mirada—. El señor Sidney Philby termina de llegar al club y se dirige hacia aquí.

Se retiró silencioso, escurriéndose por entre las mesas. El Mayor se incorporó en el asiento. Los hombres que le acompañaban hicieron un gesto de desagrado, y Strong apretó las mandíbulas y crispó los puños.

La figura de Sidney se destacó a la entrada del salón. Permaneció durante unos segundos a la puerta, recorriendo con la vista los grupos de jugadores, y por último avanzó al encuentro del Mayor, quien se había levantado para ir hacia él.

—¡Querido señor Philby! —exclamó aquél, tendiéndole la mano—. Ya me estaba preguntando si se le habría olvidado el camino. ¿Cómo pasó la tarde?

—Excelentemente, Mayor —repuso, afectuoso, el joven—. Dormí toda ella de un tirón, y estoy como nuevo. Abajo dejé mi coche junto al suyo, y puedo asegurarle que, al hacerlo, me remordió la conciencia. Cualquiera que los vea juntos pensará que lo hice a propósito para establecer comparaciones.

—¡Bah! Cualquiera deduciría por sus palabras...

—¿Lo compró hace mucho, Mayor?

—No mucho; unos meses antes de que empezara la guerra. ¿Por qué lo dice?

—Porque comprendo perfectamente que su hija, la señorita Mary, quiera tener otro. Con perdón sea dicho, no es el que corresponde a una señorita de su clase.

El Mayor arqueó las cejas, divertido.

—¿Quiere usted, decir?

—Le ruego que no lo tome a mal; esa clase de coche que usted tiene va muy bien para viajes o para negocios, incluso para salir de noche al teatro o a alguna fiesta; pero... lo que su hija necesita es un auto más reducido y de modernas líneas, con un color que vaya a tono...

—¡Por favor, señor Philby! Si continúa hablando, no voy a tener más remedio que encargarle uno, y... la verdad, no están las cosas en el país como para la compra de automóviles.

Se habían acercado al grupo. El Mayor ofreció su asiento al joven, y James se había apresurado a llevar un nuevo sillón, que acercaba a ellos.

—¿Nos sentamos, señor Philby, o prefiere una copita en el bar?

—Acepto lo segundo, Mayor; aun no me he repuesto lo suficiente del susto que pasé hoy a poco de separarme de ustedes, y no me vendría mal un *whisky*.

—¿Que se asustó, dice? No haga que me ría.

—Puede hacerlo, Mayor; la cosa no es para menos...

—Y... ¿qué le ocurrió?

Sidney clavó las pupilas en el rostro de Strong, y dijo, despacio, recalcando las palabras:

—Fue en el cruce de Aldgate High. Alguien que iba en un auto tomó por blanco mi cabeza, y resultó mi sombrero con un adorno impecable.

Se hizo un silencio angustioso. Las miradas se clavaron en Strong, y éste se agitó en la butaca como si no se encontrara a gusto en ella. La sonrisa del Mayor se le había helado en la boca, y sus ojos lanzaron peligrosos destellos.

Sidney esperó unos segundos. Se volvió, sonriente, para decir:

—¿No le ha gustado la broma, Mayor?

Éste desvió la mirada, que tenía fija en el gigante, y se dirigió

gravemente al joven:

—Espero, señor Philby, que, en efecto, habrá sido todo una broma.

—Tómelo como quiera; lo único que puedo asegurar a usted es que el sombrero no podré llevarlo en día de lluvia. Entraría el agua por él como si fuera un colador.

Sonrió irónico, y enfrentándose con Strong, quien parecía realizar esfuerzos por tragar algo que no le pasaba de la garganta, añadió, displicente:

—Es una pena que haya hombres tan inútiles que no sepan hacer uso de un arma a menos de quince pasos. Son tan cobardes que les tiembla el pulso.

Sonrió de nuevo. Sus ingenuas pupilas brillaron un segundo, y, cogiéndose del brazo del Mayor, inició la marcha.

Con una leve inclinación se despidió del grupo.

—Celebraré volverles a encontrar, señores; si quieren beber con nosotros, no se detengan. Brindaremos por mi sombrero.

Salieron los dos charlando animadamente. Jim lanzó un pequeño silbido y se quedó mirando a Strong. Jarvis murmuró algo por lo bajo, y Holman masculló una blasfemia. Durante unos minutos permanecieron callados. Al fin, el gigante, lanzando un juramento, llevó la mano hacia su copa, e iba a servirse, cuando se sintió tocado en el hombro, y se revolvió nervioso en la butaca.

James estaba junto a él, sin que nadie hubiera podido saber cómo había llegado.

Se inclinó a su oído, para decir:

—El Mayor Pitt ruega al señor que pase a verle a su despacho antes de marcharse.

Se inclinó con una reverencia y desapareció del grupo sin que el ruido de sus pasos se percibiera sobre el encerado piso de la sala.

Jim se le quedó mirando, y exclamó:

—¡Cristo! Este hombre me crispa los nervios; con razón decía yo antes que era una serpiente.

Holman miró a sus compañeros con aterrorizados ojos, y masculló, con un hilo de voz, siguiendo el curso de las ideas que lo atormentaban:

—Ya comprenderéis ahora por qué esta noche no me encontraba tranquilo.

Sidney se apoyó en la barra del bar.

Sus claros ojos sonreían ingenuos, y dos o tres damas que se encontraban próximas a él le asaetearon con la vista.

El Mayor Pitt le golpeó afectuosamente en un hombro.

—¡Vaya, amigo Philby! Parece que ha sido bien acogida su llegada. Nuestras mujeres no le quitan ojo. ¿Se ha dado cuenta?

—Sí, Mayor; siempre me ha ocurrido lo mismo. Ya estoy acostumbrado a que se me acerquen para preguntarme si necesito que me acompañen a casa. Por lo visto, les debo parecer muy joven.

—¿No lo es?

—¡Qué quiere que le diga! Ni tanto como ellas suponen, ni tan poco como sería de mi agrado. Ya he pasado de la edad.

—Ignoro a qué edad se refiere, Philby, pero puedo asegurarle que me tengo por mayor en años que usted, y, sin embargo, no estoy a disgusto con ello...

—¡Indudablemente! Usted se encuentra en la cúspide, que es donde quiero llegar. Es la más interesante de la vida y en la que se consiguen los mayores éxitos. Estoy seguro de que se lo disputan las mujeres.

—Se engaña; no niego que alguna... Pero, en fin, desde que murió mi esposa, apenas si me he fijado en otra que no sea mi hija. Por cierto, amigo Philby, que esta noche me ha acompañado, y supongo que se encontrará en el salón de baile. Tendré muchísimo gusto en verle bailar con ella... si es que no le desagrada.

—¡Mayor! ¿Sabe usted lo que me propone? ¿No teme que ejerza presión para «colocarle» uno de los coches que represento?

—¡Bah! Correré el albur. Estoy por apostar que cuando se encuentre con mi hija, de lo que menos hablan ustedes es de automóviles.

Sidney dejó asomar una sonrisa a sus labios, que le fue correspondida. El barman se les había acercado y miraba al Mayor fijamente, esperando órdenes.

—Para mí, Gibson, una copita de Sherry; *whisky* para el señor. Bebieron en silencio.

—¿Qué le parece el club esta noche?

—Maravilloso. Aunque no he pertenecido nunca al «Albemarle» a pesar de haberlo visitado en varias ocasiones con motivo de asuntos relacionados con mi trabajo, puedo decirle que no tiene que

envidiar nada a ese club.

—Tanto como eso...

—Lo que oye, Mayor; su club es digno de usted, y dudo mucho que haya en la City nada que se le pueda comparar. Verdaderamente, estoy maravillado.

—Gracias por sus palabras, señor; tenía ganas de oír a alguien que dijera eso.

Se volvieron, sorprendidos.

Una linda joven se les había acercado, en la que reconoció Sidney a la hija del hombre que estaba con él.

—¡Mary! ¿Tú aquí? Te hacía bailando.

—Pues ya ves que te has equivocado, papá; me aburría allá dentro, y preferí acercarme al bar para que me invitaran.

—Señorita —dijo Sidney, fascinado por la belleza de la joven—, si me lo permite, tendría un gran honor en que fuera yo el elegido.

—Acepto de buen grado; las palabras que pronunció cuando me aproximaba le hacen acreedor a ello.

Se volvió a su padre, para decir:

—¿No crees que tengo razón?

—Desde luego, hijita; el señor Philby se ha mostrado excesivamente cortés, y, aunque no estoy de acuerdo con lo que dijo de nuestro club...

—Permítame que le interrumpa —cortó Sidney—. No he dicho otra cosa más que la pura verdad, y a ella me atengo. Su club es uno de los mejores de Londres por más que no se encuentre situado en Mayfair, y le prevengo —añadió, con una sonrisa— que no me agradaría discutir esta noche.

Se dirigió a Mary:

—¿Qué va a tomar, señorita?

—Un cóctel.

—Ya lo ha oído, Gibson —dijo Sidney al barman—. Sirva a la señorita.

Se apartó a un lado, para que ella pudiera ponerse en el centro, y, viendo un taburete desocupado, se lo aproximó para que Mary se sentara.

—Papá —dijo la joven, con una sonrisa—: ¿el señor Philby es una nueva adquisición que has hecho para tu fábrica de conservas?

—No, hijita —repuso el Mayor, cambiando una mirada con

Sidney—. Es un invitado mío por esta noche. Me lo presentó esta tarde Peyton, y aun no he tenido oportunidad de hacerle ofrecimiento alguno. Por más que... no sé si querría aceptar el empleo que pudiera darle. Su ocupación, hasta la fecha, difiere mucho de la que aquí encontraría.

Ella volvió los ojos al joven, y Sidney se dijo que jamás se había mirado en otros como aquéllos.

—¿Es usted amigo del señor Peyton?

En el tono de voz que empleó la muchacha había un matiz frío. Sidney lo percibió, y se apresuró a replicar:

—Sí he de serle sincero, señorita, no somos amigos; nos conocimos... en determinadas circunstancias y llegué al club para tomar con él unos «Martini». Su papá apareció en aquel momento, y... esto es todo.

La voz de Mary volvió a adquirir el timbre acostumbrado cuando dijo:

—Le creo, señor Philby; perdonará que le haya hecho esa pregunta, y ruego que me disculpe.

Y añadió, a poco:

—¿Puedo saber cuál es su profesión?

—Pues... —murmuró él, sonrojándose visiblemente— represento a una casa de automóviles, y, de no haber sido por la guerra, creo que habría conseguido pingües ganancias. ¡Claro que los tiempos no son los más indicados!...

—Cierto; vuelvo a rogarle que perdone mi indiscreción.

Se abstraigo durante unos segundos contemplando el cóctel que tenía ante ella, y volvió a preguntar de nuevo:

—¿Está movilizado?

La cara que puso Sidney era todo un poema.

—No, señorita; desgraciadamente, me dieron inútil para el servicio militar. No recuerdo bien lo que dijeron los médicos que tenía en la víscera cardíaca.

Los ojos de Mary le contemplaron un segundo con cariño. El Mayor tosió ligeramente y reprendió a su hija con dulzura.

—Por favor, querida; estás poniendo al señor Philby en un verdadero compromiso con tus interrogaciones. Temo que no saque muy buena impresión de ti.

—¡Mayor, nada de eso! —apresuróse él a replicar—. Sería

imposible que lo hiciera. Puede preguntar cuánto guste, en la seguridad de que no ha de importunarme. ¡Hasta me siento capaz de confesarle, si la señorita lo quiere saber, los años que tengo!

Ella le volvió a acariciar con la mirada. Bebieron los tres; y cuando hubieron apurado las copas, Mary saltó del taburete. La orquesta tocaba en aquel instante un «bugui», y las parejas que se hallaban en el bar abandonaron éste para dirigirse al salón.

De pronto las miradas de los dos jóvenes se encontraron. El Mayor reparó en ellas, y, esbozando una sonrisa, se dirigió a Sidney.

—Si quiere bailar con mi hija, Philby, puede hacerlo. Me encontrará aquí o en la sala de juego, cuando la deje. ¿Le parece bien?

—Si ella acepta, Mayor; tendré esta noche por la mejor de mi vida. No me hubiera atrevido jamás a solicitarlo sin su ayuda.

Mary le volvió a sonreír. Miró a su padre, y éste hizo una señal de asentimiento. En aquel instante la figura de Dan Peyton apareció en el bar, y ella no pudo reprimir un mohín de desagrado.

Se aproximó Dan con lentitud. Enfundado en el *smoking* parecía más alto aun de lo que era, y sus ojos miraban, brillantes, a la muchacha, a la par que el desdeñoso rictus de sus labios se agudizaba un segundo al contemplarla junto a Sidney.

Avanzó hasta situarse a su lado.

—Buenas noches, señorita —saludó.

Hizo una ligera inclinación de calaza al Mayor y tendió la mano a Sidney, quien se la estrechó sonriente.

—Creí que no vendría esta noche, Peyton —dijo el Mayor, con maravillosa desenvoltura—. Pregunté por usted en varias ocasiones, y lo mismo puedo decir de sus amigos. Hace poco les dejé en la sala de juego, y le aseguro que se mostraban algo preocupados por su tardanza.

—¡Bah! Me aprecian demasiado, Mayor; tuve que hacer algunas gestiones de las que usted me había encargado, y no quise dejarlas sin terminar. Ése es el motivo de que me haya retrasado algo.

—¡Por favor, Peyton! No hablemos de negocios ahora. Precisamente hace escasamente unos minutos tratábamos de algo parecido, y...

Se detuvo para decir a Sidney:

—Amigo Philby, mi hija estará esperando que la lleve usted a

bailar, y no quisiera que ella me reprochara luego el haberle entretenido. Peyton y yo continuaremos aquí algún rato, y... si no le resulta grata la compañía en que le dejo... ya sabe dónde puede encontrarnos.

Sidney se limitó a afirmar con la cabeza, y, ofreciendo el brazo a la joven, se dispuso a ir con ella al salón. En aquel momento se les acercó James.

—Mayor —dijo—, le llaman por teléfono del puesto de policía. El hombre que está al aparato dice que es un comisario y que necesita hablar con usted inmediatamente.

Mary abrió los ojos sorprendida y apretó, sin darse cuenta, el brazo de Sidney. Éste fijó los suyos en Peyton, y le pareció ver en ellos como un relámpago que desapareció tan pronto como hubo aparecido. El Mayor clavó la vista en los que le rodeaban, y se excusó con una sonrisa, sin perder ni un segundo el aplomo.

—Iré a complacer a ese comisario, ¿no les parece? Enseguida vuelvo.

—Papá, ¿ha ocurrido algo? —preguntó Mary.

—Te lo diré dentro de unos minutos, querida —y añadió, para tranquilizarla—: No te preocupes; y no creo que sea nada que valga la pena.

Atravesó el bar seguido de James. Mary y Sidney le siguieron con la vista hasta verle desaparecer, y se aproximaron nuevamente a la barra acompañados por Peyton.

Éste miró al barman y le hizo un gesto para que se le acercase.

—Dame un *whisky*, Gibson —pidió—. Aún no he bebido desde que he llegado.

Se volvió a mirar a los dos jóvenes, y siguió diciendo:

—¿Quieren beber conmigo? Pidan lo que quieran, por favor; la espera no se hará tan larga.

Tomó el *whisky* que el barman había dejado ante él, llevándose la copa a los labios con mano firme. No obstante, le pareció a Sidney que hacía esfuerzos por dominarse, y le pareció volver a distinguir en las pupilas de Peyton el mismo relámpago que sorprendiera cuando James anunció la llamada de la policía.

Transcurrieron unos segundos de mortal ansiedad. Mary no se había soltado del brazo del joven, y de vez en vez volvía los ojos, esperando la entrada del Mayor con alarma creciente. Al fin,

transcurridos pocos minutos, se le vio llegar con el mismo andar pausado y firme que empleó al marcharse. Su rostro no reflejaba temor alguno, y únicamente la mirada de sus azules ojos parecía más turbia que antes.

Llegó hasta ellos. Sonrió a su hija, y, respondiendo a la muda pregunta que ésta le hiciera con los ojos, dijo, empleando al hacerlo un tono ciertamente solemne:

—Algo desagradable, querida; me comunican del puesto que han recogido en las aguas del muelle el cadáver de un hombre con evidentes señales de alcoholismo. Sin duda se cayó al río cuando iba camino de su casa.

—¿Y ese hombre era, papá...?

—Según los documentos que le han encontrado encima, Adams; ¡lástima de viejo! Nunca supuse que pudiera tener tal fin un empleado mío.

—¡Adams!...

La exclamación de la joven repercutió en el cerebro de Sidney con tal fuerza, que no sintió apenas el apretón que ella le dio en el brazo, ni supo explicarse, cuando se halló dentro del salón de baile, cómo le había arrastrado hasta allí sin despedirse de Peyton y del Mayor, quienes, al parecer habían quedado tan mudos como él al oír el nombre de Adams en boca de Mary.

Dejaron de bailar.

Mary, durante el tiempo que duró la pieza, había permanecido silenciosa y como preocupada. No se le iba de la imaginación el nombre de Adams, ni su pequeña y apergaminada figura. Tomaron asiento. Los concurrentes al club miraban insistentemente a la pareja, preguntándose quién sería el joven que acompañaba a la hija del Mayor. Sidney clavaba en ella sus pupilas, y no necesitaba esforzarse para comprender que algo bullía en el cerebro de la deliciosa mujercita que estaba a su lado.

—¿Qué le ocurre?

Sonrióla, al tiempo de preguntar:

Ella volvió a él sus ojos. La nube que los empañaba se disipó un segundo, y sonrió al fin al ver el interés de Philby.

—Nada. Únicamente que me ha hecho mucha impresión la noticia que nos dio mi padre.

—¿Conocía a ese Adams?

—Sí; era un antiguo empleado y le apreciaba mucho.

—Entonces, me explico perfectamente la impresión, señorita; verdaderamente, ha sido una lástima.

Callaron. La orquesta había vuelto a tocar, pero permanecieron sin moverse, ajenos, al parecer, a las miradas que tenían fijas en ellos. Sidney prendió fuego a un cigarrillo.

Volvió a la carga.

—Creo recordar que a ese mismo hombre, esta mañana, cuando llegué al club, tuvieron que sacarlo inconsciente de las proximidades de la sala de juego. En aquel momento apareció su papá, y al preguntar lo que ocurría le respondieron que Adams estaba borracho, por lo visto, era bastante aficionado a la bebida, y no me explico cómo el Mayor se lo toleraba.

Las pupilas de Mary centellearon.

—¿Adams aficionado a la bebida? No digo que no le gustara beber, pero apuesto cualquier cosa a que si no hubiera sido por los que le rodeaban...

Enmudeció de pronto y se mordió los labios. Sidney tenía la mirada puesta en ella, observando sus reacciones.

—¿Quiere usted decir?...

Mary volvió a él sus lindos ojos. Contempló un segundo la atrayente figura del joven, y respondió, ligeramente turbada:

—No sé por qué le hago estas confesiones, señor Philby, pero, ya que he empezado, continuaré: Adams no se habría emborrachado nunca de no haber sido por Peyton, Strong, Jarvis y unos cuantos más que llegaron a la fábrica últimamente. Ninguno de ellos me gusta.

—¿Su papá lo sabe?

Ella se encogió de hombros.

—Mi papá, señor Philby, de poco tiempo a esta parte se ha vuelto muy reservado, y esos hombres han ganado su confianza. Ignoro la causa, pero no hace nada sin contar con ellos.

—Le serán muy útiles, sin duda.

—No digo que no, pero...

—¿Qué?

—Hay algo en el fondo que me desagrada, y no acierto a saber lo que es.

—¿No son buenos empleados?

—¿Empleados?...

Rió Mary desdeñosa durante unos segundos.

—Ninguno de ellos lo es, señor Philby; hasta la fecha no he podido explicarme su permanencia en la fábrica ni he podido averiguar más de lo que mi padre ha querido decirme.

—Perdone, señorita, si le hago una pregunta más. Si esos hombres no son empleados, ¿qué papel desempeñan?

—Tampoco lo sé; lo que puedo decirle es que son ellos quienes mandan en los obreros, quienes se encargan de mantener la disciplina, y de efectuar los embarques al muelle.

—¿Peyton también?

—Peyton es el lugarteniente de papá. Él hace que se cumplan las órdenes que recibe y...

Volvió a enmudecer de nuevo, mientras sus pupilas brillaban. Oscurecióse su lindo rostro, y Sidney la vio palidecer ligeramente.

Tras un penoso silencio, preguntó ella:

—¿Conoce usted la fábrica, señor Philby?

—No, señorita; aunque le confieso que me gustaría, no he tenido ocasión para ello.

—¡Bah! Si es por eso, yo le ofrezco la oportunidad, amigo Philby.

Volvieron la cabeza. Peyton se hallaba a sus espaldas y les miraba fijo con ironía. El rictus de sus labios se había acentuado, y se veía claro en él que no le agradaba encontrarlos juntos.

Sidney sonrió. Lentamente se puso en pie, seguido de la joven. Peyton dio la vuelta al diván para aproximarse a ellos.

—¿De verdad le gustaría ver la fábrica?

—Sí —respondió Sidney—. Nunca tuve oportunidad de ver nada parecido, y tengo la completa seguridad de que sería de mi agrado.

—Entonces, no hay más que hablar.

Sonrió a la muchacha, antes de proseguir:

—Si la señorita nos lo permite...

En la puerta del salón apareció la figura del Mayor Pitt, y sus miradas se cruzaron un segundo con las de su hija. Ésta había permanecido silenciosa.

Peyton se volvió y al punto cambió la expresión de su rostro.

El Mayor llegó hasta ellos.

—¡Cómo! —exclamó, al acercarse a ella—. ¿Es posible que el

señor Philby no haya querido bailar contigo?

—Sí, papá; hace unos minutos que lo hemos dejado. Me encontraba cansada, y el señor Philby fue lo suficiente amable para hacerme compañía.

El Mayor Pitt dedicó una agradable sonrisa a Sidney, y luego miró a Peyton y a su hija.

Volvió a preguntar:

—¿Ibas a bailar de nuevo?

—No, Mayor —se apresuró a contestar Peyton—. Llegué en el preciso instante en que la señorita Mary preguntaba al amigo Philby si no había visto la fábrica, y este repuso que le gustaría, pero que no tuvo ocasión de verla. Le propuse hacerlo y...

—¡Magnífico! Será para mí un verdadero placer poder mostrársela; de paso le haré la proposición que le dije, y ojalá acepte.

—Ya que usted va a hacerle los honores, Mayor —dijo Peyton—, me cuidaré de que su hija no se aburra en el baile. Yo ya tengo la fábrica tan vista, que prefiero quedarme aquí.

Se dirigió a Mary:

—¿Le parece bien?

Ella negó con la cabeza, mientras miraba fijamente a Peyton.

—Lo siento —dijo—. Acompañaré al señor Philby, deseo ver el efecto que le produce cuanto le muestre mi padre.

Dan Peyton achicó los ojos imperceptiblemente, y sonrió de una forma desagradable antes de decir:

—Siendo así, no les dejaré solos; también a mí me agrada escuchar la opinión de mi amigo.

Echaron a andar, atravesando el salón. Salieron al bar de nuevo y se dirigieron hacia la biblioteca. Strong, Jim, Jarvis, Holman y Rawson les salieron al encuentro y se les cruzaron. El primero cambió una mirada con el Mayor que no pasó inadvertida para Sidney. Se introdujeron en el pasillo por donde vio el joven por la mañana que se llevaban a Adams, y se detuvieron ante una puerta que el Mayor abrió con una llave. Segundos después bajaban por una estrecha escalera de carcomidos escalones alumbrada por pequeñas bombillas de tramo en tramo. Por ella desembocaron a la fábrica.

Sidney miró sorprendido. Se hallaban en una espaciosa nave

donde se apilaban latas y más latas de conserva. Largas mesas de madera la cruzaban en todas direcciones, donde se veían barreños que contenían sin duda la mercancía que se envasaba. Igualmente divisó máquinas para el cierre de los envases, grandes cubas y utensilios diversos cuyo uso le era desconocido. Apenas llegaron, les salió al encuentro un guardián armado, que se aproximó obsequioso al Mayor. Peyton le dio una orden, y el hombre se alejó a poco. Continuaron la marcha. Dejaron atrás la nave para pasar a otra y luego a otra. La fábrica era inmensa. Penetraron en varios departamentos, donde, al decir del Mayor, se llevaban a cabo determinadas operaciones conserveras, y visitaron una amplia sala destinada a laboratorio. El joven, a medida que avanzaba, iba tomando nota de cuánto veía, esforzándose por adivinar el lugar donde pudieran llevarse a cabo ciertos trabajos ajenos a la industria, sin que pudiera lograr su intento. Cuánto aparecía a sus ojos no revestía sospecha alguna, y si en alguna ocasión se atrevió, llevado, al parecer, por la curiosidad, a examinar de cerca el contenido de determinados envases, no pudo ver en ellos otra cosa que mercancía. Por el rabillo del ojo observaba al Mayor y a Peyton. El primero, parecía pendiente de él; el segundo, lo estaba de Mary. Ninguno de ellos aparentaba preocupación, y diríase que cuando contestaban a alguna de las preguntas que él les dirigía lo hacían con obsequiosa complacencia y como si se hallaran divertidos.

Volvieron atrás. Dejaron una tras otra las naves de la fábrica, el laboratorio y las infinitas dependencias que encontraron al paso. Una puerta le llamó la atención, y como el Mayor sorprendiera en él las miradas que dirigía hacia aquel lugar, le explicó, afectuosamente:

—Allí está establecida una pequeña imprenta; las propagandas de nuestros productos las confeccionamos igualmente dentro de la fábrica.

Se encaminaron a ella. Buscó el Mayor en su bolsillo, y, sacando de él el llavín que portaba, introdujo una llave en la cerradura. Al abrir la puerta le pareció al joven que la cerradura no era igual a las otras, y el corazón le comenzó a latir aceleradamente. Para ser una imprenta, aquello, dedujo que se tomaban excesivas precauciones.

Peyton oprimió un conmutador, y la luz iluminó el interior,

dejando a la vista máquinas de imprimir, guillotinas, cajas con tipos, bancos con tableros de dibujo y montones de papel, algunos cortados en tiras apropiadas para el tamaño de los envases. Algunos de éstos se apilaban también en un ángulo, como si hiciera poco que hubieran sido llevados allí. Sidney recorrió la imprenta de un lado a otro, seguido por las miradas de los dos hombres. Le pareció que el Mayor le observaba con más fijeza y que Peyton ya no estaba pendiente de Mary. Se hizo un silencio, que ninguno de los presentes se atrevió a romper durante unos segundos.

Al fin preguntó ella, acercándose a Sidney, quien se había detenido junto a uno de los tableros de dibujo:

—¿Le interesa esto, señor Philby?

Se volvió. La sonrisa revoloteaba en sus labios.

—¡Qué quiere que le diga, señorita! Me interesa todo. Observo que su papá es un hombre que sabe hacer las cosas, y le felicito nuevamente. La fábrica, así como todos los departamentos que en ella se encuentran, está montada con arreglo a los más modernos adelantos.

—Bien —exclamó el Mayor, acercándose—. Eso quiere decir mucho, señor Philby, y alentado por sus frases inmerecidas, me voy a permitir decirle lo siguiente: ¿quiere usted trabajar conmigo?

Sidney abrió los ojos con simulada sorpresa, mientras los de Mary le contemplaban.

—Mayor, no sabe cuánto le agradezco la proposición que me hace, y que, a decir verdad, esperaba. Ahora bien: ¿qué puedo hacer en su industria? No entiendo de conservas ni sé nada en absoluto del negocio. Mi especialidad ha sido siempre los coches y...

—La ocupación que le brindo, señor Philby, no será tan difícil como se figura. Necesito un agente de venta con aptitudes, y creo que usted las tiene sobradas. ¿Qué me contesta?

Sidney titubeó durante unos segundos. Los ojos de Mary no se apartaban de él, y hasta Peyton parecía interesado en que accediera.

Esbozó una sonrisa, y recusó, despacio:

—Doy a usted las gracias, Mayor, por la atención que me hace, pero... le agradecería que no me apremiase en la contestación hasta que lo haya pensado. No me gusta precipitarme en mis resoluciones, y, aunque estoy firmemente decidido a aceptar, quisiera no hacerlo sin antes estar convencido de que saldré adelante en la empresa.

—Conforme; tómese el tiempo que necesite para ello, y ya me contestará.

Volvieron al club. El Mayor quedó en el bar charlando durante unos segundos con Sidney, mientras Peyton y Mary volvían al salón de baile. Al llegar a éste, la joven volvió la cabeza, y sus miradas se encontraron con las de Philby, quien no apartaba la vista de ella. Dan sorprendió la mirada, y sus facciones se crisparon.

Murmuró, al oído de la muchacha:

—Parece que le agrada mi amigo...

Mary le dirigió una fría sonrisa, al responder:

—Tengo la impresión de que el señor Philby es un caballero.

Él la contempló un segundo. Sonrió suave, y volvió a preguntar:

—¿Bailamos?

—No, gracias.

—¿No quiere hacerlo conmigo?

—Prefiero no contestar a esa pregunta, señor Peyton.

Clavó en él su mirada, y prosiguió:

—Ahora que recuerdo, oí como mi padre le decía esta tarde en su despacho que le esperaba Adams para que le acompañase. ¿Salió usted con él?

Las negras pupilas de Peyton se ensombrecieron un segundo. El rictus de sus labios se pronunció.

—¿No irá usted a insinuar...?

—No insinúo nada; lo que me gustaría saber es lo que le ocurrió a ese pobre anciano.

—La policía nos lo dirá.

—En efecto, la policía averiguará las causas de su muerte. ¿No tiene más que decirme, señor Peyton?

—Que me gustaría bailar con usted esta noche.

—Lo siento; tengo comprometido este baile.

Volvió de nuevo la cabeza, y al ver a Sidney que se aproximaba hacia ellos, se le acercó.

—Le estaba esperando, señor Philby; creí que ya no se acordaba de que este baile era el nuestro.

El joven esbozó una sonrisa, y, tomando del brazo a Mary, atravesó el salón, y a poco se mezclaban entre los bailarines. Peyton achicó los ojos y crispó los puños. Sus dedos se engarzaron y sus negras pupilas brillaron de una forma siniestra. Avanzó unos pasos

hasta situarse en un extremo del salón, y desde allí les estuvo contemplando. La figura del Mayor se perfiló a la entrada. Junto a él iba Strong, y ambos fijaron la vista en Dan. Durante unos segundos observaron a éste, y se retiraron por último, no sin que en la boca del primero asomara la misma sonrisa helada que floreció en ella aquella farde, en su despacho, a la salida de Peyton.

Sidney continuó bailando con Mary. Sentía la presión del brazo de ella alrededor de su cuello, y necesitó de toda la fuerza de su voluntad para no perder la cabeza del todo. Aquella mujer le fascinaba, y sus ojos no dejaban de fijarse en el lindo rostro que tenía junto al suyo. En varias ocasiones se encontraron las miradas de ambos, y hubieron de retirarlas a la vez, sonrojándose. En una de ellas, Mary murmuró, junto al oído del joven:

—No sabe cuánto me alegraría que trabajase en la fábrica; creo que mi padre le necesita.

Sidney tensó los músculos al escucharla, y no pudo evitar un estremecimiento.

—¿Cree usted que verdaderamente me necesita el Mayor?

—Estoy segura de ello.

—Yo, por el contrario, estoy convencido de que no es así —y añadió, lentamente—: A lo peor, le perjudico más que otra cosa.

—Lo dudo; mi padre precisa hombres como usted, como Adams...

Calló al terminar de pronunciar este nombre, y volvió los ojos para contemplar a Philby.

Éste, sonrió.

—¡Caray, señorita! Ahora que me lo recuerda, no sé si aceptar el empleo que su papá me ha ofrecido. No quisiera que me sucediera nada parecido a lo de ese pobre.

Los azules ojos de Mary se ensombrecieron.

Balbució:

—Perdone; no quise hablar de él, y...

—¡Bah! No haga caso; lo dije en broma. Claro que... —continuó — no estaría de más tomar algunas precauciones. ¿No le parece?

Ella le miró a los ojos. Él, prosiguió:

—En el supuesto de que acepte el empleo, bueno será que adopte determinadas medidas. Se me ocurre una.

—¿Cuál es?

—Todos los días, a partir de mañana, la llamaré por teléfono. ¿Quiere? ¿Cuál es su número?

Mary se lo dijo rápidamente, Sidney lo repitió varias veces de memoria, y cuando se hubo convencido de que no se le olvidaría, siguió diciendo:

—Si durante toda la mañana no la he llamado, puede estar segura de que algo grave me ha ocurrido. ¿Comprende?

—Pero ¿por qué le va a ocurrir?

Las pupilas del joven clavaron en las de ella.

—Escuche, Mary; ¿permite que la llame así?... Presiento que lo que termino de decirle pudiera suceder, y no estaré tranquilo si no accede a una cosa.

—Diga.

—Si no oye mi llamada, prométame que telefoneará a cierto número, contando, a quien la escuche, cuando hemos terminado de hablar. ¿De acuerdo?

—Pero...

—¿Se va a negar ahora, Mary?

Fijó sus ojos en los de ella. La muchacha se estrechó en sus brazos, y repuso, quedo, sin atreverse a alzar la cabeza:

—Se lo prometo, Sidney.

Las luces se apagaron en aquel instante. Se oyeron gritos femeninos, y las voces se alzaron en el salón formando una confusión terrible, en la que era imposible entenderse. Sidney estrechó más el cuerpo de la joven contra el suyo y sus labios buscaron los de ella. Se juntaron en un beso que no se atrevió a prolongar, y, tomándola por un brazo, trató de apartarse en su compañía a un lateral de la sala. En aquel momento se sintió empujado violentamente, y se asió a quien le atropellaba, luchando por mantener el equilibrio. Las luces se dieron de nuevo. Peyton estaba ante él, y las pupilas le brillaban peligrosamente.

Se contemplaron un segundo.

—Creo que ahora me toca a mí —dijo Dan—. Su baile ha terminado.

Sidney enarcó las cejas. Las parejas que se hallaban próximas les contemplaban, y por un momento se hizo un silencio, que rompió la voz de James, el camarero, anunciando en alta voz:

—No ha sido nada, señores; algún gracioso que apagó la luz

para gastarles una broma.

Dan, en tanto, se había aproximado a Mary, y ya su mano se tendía hacia ella, cuando se la apartó firmemente el joven.

—Perdone, Peyton; la señorita tiene comprometidos todos los bailes conmigo.

Sus palabras se oyeron por encima de la música. Algunas parejas habían vuelto a bailar, pero el resto de las que se encontraban en la pista no quitaban de ellos las miradas. Siguió un mortal silencio. Dan crispó las mandíbulas y atravesó el salón con felinos pasos. Sus ojos relucían como puñales, y el rictus desdeñoso de sus labios se pronunciaba con dureza.

Alguien comentó:

—No quisiera encontrarme en el pellejo de ese joven; Peyton es mal enemigo.

Prosiguió el baile de nuevo. Allá, en un rincón de la sala, el Mayor Pitt había seguido los acontecimientos con impasible rostro. Al ver salir a Dan, distendió los labios con una sonrisa, y echó tras él, saludando, al pasar, a cuantos encontraba, con la gracia y la corrección que le eran afines.

Cuando pasó junto al bar, hizo una seña a Strong, y, seguido de éste, se dirigió a su despacho. La puerta se cerró tras ellos. Una sombra se escurrió por el muro, y, al llegar al claro de luz que salía de la biblioteca, cobró forma. Era James, el camarero, quien se deslizaba por el pasillo.

CAPÍTULO V

Sidney, al tiempo de despedirse de Mary junto al magnífico «Rolls», puso en manos de ella una tarjetita en la que había escrito minutos antes el número del teléfono a que le tenía que llamar a la mañana siguiente.

Cambió un último saludo con el Mayor, y esperó a que el coche de éste emprendiera la marcha, para dirigirse al suyo.

Los últimos asistentes al club desaparecían en la obscuridad de la noche, y el portero se multiplicaba en abrir y cerrar portezuelas de vehículos, llevándose la mano a la galoneada gorra.

Sidney abrió la portezuela de su auto y se metió dentro. Estableció el contacto, poniendo el motor en marcha, y pisó el pedal de embrague. Torció la dirección para pasar por entre una fila de coches, y, al hacerlo, miró por el rabillo del ojo al espejo retrovisor. Vio salir a Peyton del club y meterse en un auto que se lanzó a la carrera. Enderezó el suyo y enfiló por Cable Street a buena velocidad. Los ojos le reían alegres mientras conducía, pensando en lo deliciosa que había transcurrido la velada en compañía de Mary.

Dejó atrás la mencionada calle, enfocando la de Royal Mint, acortando la velocidad. Hasta él llegaba la brisa del río. Varios autos le pasaron, y bien pronto era el único viajero que se aventuraba por aquella parte.

De pronto, al llegar a la altura de la Torre de Londres, vio la masa confusa de un coche parado. Una sombra saltó al centro de la calzada, y a la luz de los faros reconoció a Peyton. Frenó el auto y lo detuvo. Dan se le aproximó. En sus negros ojos brillaba una chispa burlona y agresiva.

—¿Quiere apearse, Sidney?

La mano izquierda de Dan se afirmaba en la portezuela del auto y la derecha la llevaba introducida en el bolsillo del *smoking*.

Sidney, sin sobar el volante, se volvió a él.

—¿Qué desea?

—Ya se lo he dicho: que se apee.

—Es tarde, Dan; dígame lo que quiere, y terminemos.

Peyton esbozó una sonrisa.

—Salga del coche, Sidney; no quisiera obligarle a ello.

Las manos del joven se apartaron lentamente del volante y una de ellas bajó con rapidez. Peyton dejó escapar una risita y su mano derecha apareció empuñando una automática.

—Es inútil, Sidney —dijo, mientras le apuntaba—; le quité la pistola en el baile. Soy hombre prevenido.

Abrió la portezuela para que saliera, y se hizo a un lado, sin dejar de encañonarle con el arma. El joven se deslizó en el asiento y puso un pie en el estribo. Sus claros ojos sonreían abiertamente y la expresión más estúpida se pintaba en su rostro cuando dijo:

—Supongo que será una broma, ¿no?

—Déjese de palabras inútiles, amigo; si cree que me va a pillar descuidado como a Strong, se equivoca. No soy de esa clase.

Sidney descendió del auto. Dio unos pasos y se detuvo al ver que se les aproximaba un coche a toda velocidad. Peyton se guardó la automática en el bolsillo con rapidez, apuntando a través de la tela al joven, al tiempo que le advertía con un gesto significativo. El motor del automóvil que se les aproximaba redujo el número de revoluciones, deslumbrándoles al pasar con la potencia de sus faros. Se oyó un apagado silbido, y cuando Sidney miró de nuevo, Peyton se hallaba en tierra. Corrió hacia él. El rostro de Dan palidecía a la luz de la luna, y en la sien derecha se le dibujaba una mancha que se iba ensanchando por momentos, junto a él la pistola, cerca de los engarabitados dedos de la mano que la empuñara.

Se apoderó del arma y volvió a su coche. Dio la vuelta a éste, y al tiempo que lo ponía en marcha emitió un ligero silbido de sorpresa. Luego, con los nervios en tensión y la vista más alerta que nunca, retrocedió por el camino que había salvado, encaminándose al club.

Estacionó el auto en una callejuela próxima, y se apeó de él. Minutos más tarde, ayudándose con una gonzúa, penetraba en el local alumbrándose con una diminuta lamparita eléctrica. Con ella en una mano y la pistola en la otra, se dirigió por el pasillo que comunicaba con la fábrica.

Bajó los carcomidos escalones procurando no hacer ruido. Dos o tres veces hubo de detenerse creyendo escuchar los pasos del vigilante nocturno. Por fin, después de atravesar las anchurosas naves, se detenía frente a la puerta que daba paso a la imprenta de la fábrica. Entró la ganzúa en funciones. Un ¡clip!, y la puerta quedó abierta. Penetró en el interior, mientras el rayo de luz de su diminuta linterna recorría los objetos que encontraba al paso. Cerró la puerta tras él y se dirigió hacia el tablero de dibujo, que contempló anteriormente. Se inclinó un momento, mientras lo alumbraba para fijarse en el detalle del dibujo, y en aquel momento creyó oír un ligero roce a sus espaldas. Se volvió con rapidez, pero algo le golpeó en la cabeza y se le doblaron las piernas, cayendo de bruces sobre el tablero.

En el mismo instante se dieron las luces. Jarvis y Jim contemplaron el cuerpo del joven y cambiaron una mirada. Holman y Rawson se les aproximaron desde el extremo opuesto.

Jarvis se inclinó un segundo para quitar a Sidney la pistola que yacía en el suelo junto a él, y al incorporarse volvió a mirar a Jim de nuevo.

—Encárgate de él, ¿oyes? Voy a telefonear al Mayor. Efectivamente tenía razón al decir que este tipo volvería esta noche.

Cuando recobró el conocimiento, se halló atado de pies y manos, sentado a una silla, y en uno de los cuartos destinados para almacén. Cuatro pares de ojos le miraban divertidos.

—¡Vaya! Parece que ha dormido bastante —gruñó Jim, con el cigarrillo colgándole del labio inferior.

—Eso quiere decir —apuntó Jarvis— que tiene la cabeza muy dura. El golpe que le di llevaba cloroformo para dos horas.

—¡Bah! Tú no sabes lo duros que son de mollera estos tipos. Recuerdo de uno que...

—Ya nos lo contarás en otra ocasión. Jim —atajó Jarvis—; de momento, nos importa saber lo que vino a buscar aquí este pajarito, y no creo que sea tan burro como para negarse a ello.

Se aproximó a Sidney.

—Qué, ¿cómo van esas fuerzas, muchacho?



—¿Cómo van esas fuerzas, muchacho?

El joven probó a mover la cabeza, y al hacerlo sintió un agudo dolor en la nuca.

Sonrió, no obstante, y fijó sus pupilas en las del hombre que le contemplaba.

—Regular nada más —dijo—. Si me encontrara libre de estas

cuerdas, es posible que me hallara mejor.

—¿Nada más que eso, nene? ¡Cuánto lo siento!

Se volvió a Jim, quien se le había acercado, y preguntó a éste:

—¿Qué hacemos, tú? El crío dice que no se encuentra bien, y temo que tenga su pizca de razón. Apuesto doble contra sencillo a que te has excedido un poco al apretarle las cuerdas.

—Es posible. ¡Como he perdido la práctica de hacer nudos!...

Estallaron en una carcajada brutal, que fue coreada por Holman y Rawson. Estos últimos se acercaron al grupo.

—Bueno, mocito —exclamó Jarvis—. Como verás, no te ha salido bien la aventura, y estamos esperando que nos digas qué ibas a buscar en la imprenta cuando te sorprendimos. Te advierto que los cuentos de hadas no nos divierten, y queremos algo más nuevo y que se ajuste más a nuestro carácter. ¿Conformes?

—Completamente.

—Empieza, pues, y procura tener memoria. Te escuchamos.

Sidney sonrió y se pasó la lengua por la beca. Sus párpados se entornaron, y, tras un silencio, preguntó, mirando a Jim y a Jarvis frente a frente:

—¿Puedo fumar?

—¡Claro!

—Entonces, espero que me deis un cigarrillo para empezar; si no queréis gastar de los vuestros, en mi bolsillo encontraréis un paquete. Siento que os toméis por mi tantas molestias, pero... ¡ya que no queréis dejarme las manos libres!...

Los cuatro hombres se miraron. Jim esbozó una sonrisa.

—Tiene hígados el chico, Jarvis, no lo dudes; démosle el cigarrillo que pide y que comience cuanto antes. Tengo, la impresión de que vamos a divertirnos de veras.

—Así lo creo yo también, Jim.

Volvieron a cambiar otra mirada de inteligencia. Jim sacó un cigarrillo y lo puso en los labios de Sidney, prendiéndole fuego. Éste aspiró con fruición el humo, y, sujetando el pitillo con los dientes, se lo llevó a un extremo de la boca.

—Gracias, amigos; observo que sois unos chicos muy generosos.

—Empieza ya —conminó Jarvis—. No nos gusta perder el tiempo.

—¿Sí? Pues por mí no os entretengáis. Podéis marcharos. Os

prometo que no me moveré de aquí.

—¡Basta! ¿Vas a empezar de una vez?

Sidney fumó de nuevo, sin dejar de sonreír. Transcurrieron unos segundos.

—¿Hablamos de conservas? —preguntó, mirando a Jarvis fijamente.

Éste avanzó unos pasos y arqueó las cejas. Silbó más que dijo:

—¿Quieres tomarnos el pelo?

—¡Oh, no! ¿Qué iba a hacer con él?

Jarvis levantó la mano y la dejó caer con fuerza sobre el rostro del joven. El pitillo cayó al suelo, y Sidney entornó más los párpados. Jim contuvo a su compañero, a la vez que decía:

—Calma, calma; ya te he dicho que íbamos a divertirnos. Déjale que se explique.

Cogió de nuevo el pitillo, y volvió a ponérselo en la boca a Philby.

—¡Bien, muchacho! Empieza, si quieres, por eso de las conservas. ¿Qué ibas a decirnos?

El joven sonrió, dando una larga chupada.

—Observo que tú tienes mejor pasta que Jarvis, Jim; éste se aprovecha que estoy atado para golpearme, ya que de otra forma no lo haría. Bien. Lo que iba a decirnos, es, sencillamente, que entré en la fábrica con el ánimo de tomar una latita de conserva para llevármela como recuerdo. Vi una que me gustó en la imprenta, y decidí tomarla esta noche. Eso es todo.

—¿Qué más?

—Quería ver de cerca aquel dibujo. Cuando estuve con el Mayor, no tuve tiempo de verlo bien, y quise convencerme de que era una tricornia.

—Conque una tricornia, ¿eh? ¡Vaya, vaya! ¿Y eras tú el tipo que se decía vendedor de coches?

—El mismo, aunque no me lo parezco; ¡si me hicierais el favor de quitarme las cuerdas...!

—¿Qué?

—Os enseñaría algo que quizá es resultara más divertido que mi cuento.

Sonaron unos pasos junto a la puerta, y ésta se abrió, dando entrada al Mayor Pitt. El círculo de hombres se abrió en abanico, y

aquél avanzó sonriente. Llevaba puesto el *smoking* y el sombrero tal y como lo vio Sidney cuando se despidió de él a la puerta del club aquella noche.

—¡Mi querido señor Philby!... —exclamó, yendo hacia donde el joven se encontraba—. ¿Qué es lo que me ha dicho Jarvis? No acierto a comprender cómo se encuentra usted aquí, y le ruego que me lo explique. No cabe duda de que debe haber un error, y estoy dispuesto a repararlo.

—Puede hacerlo, si quiere, Mayor; por de pronto, me molestan bastante las cuerdas con que me han atado, y aunque se lo dije a sus hombres, no han querido atenderme. Jim y los otros no se han portado mal conmigo, y, francamente, no tengo queja, pero Jarvis... ¿Se puede saber de dónde lo ha sacado usted, Mayor?

Éste parpadeó un instante, y sus ojos miraron a Sidney con simpatía.

—Se lo diré en otra ocasión, Philby; vamos a lo nuestro. ¿Qué le ha traído aquí?

—Una caja de conservas.

—¿Una caja...?

—Ése es el cuento, Mayor —gruñó Jarvis—. Le pillamos en la imprenta, conforme usted indicó que probablemente sucedería.

—¡Ah! ¿De modo que le encontraron en la imprenta, Philby?

—Contemplando un dibujo. El mismo que me llamó la atención cuando usted estaba conmigo enseñándome la fábrica.

—¿Tanto le interesaba ese dibujo?

—Pues... no sé qué decirle. Mayor; verdaderamente, no era el dibujo lo que me interesaba.

Achicó los ojos y decidió probar suerte.

—Soy un gran aficionado a la propaganda, y quería ver de cerca cuantas cayeran en mis manos. Me pareció que diferían algo algunas de las que vi en los botes.

La sonrisa del Mayor se le heló en la boca. Sus ojos lanzaron peligrosos destellos, y los hombres que con él estaban crisparon los puños.

Fue un segundo tan solo. Luego el Mayor recobró su cortés sonrisa, aunque las pupilas se fijaron amenazadoras en el joven.

Éste, continuó:

—Espero que no le habré causado ningún perjuicio, ¿verdad? Si

he de representar su casa, no tiene nada de particular que me interese por cuanto con ella se relaciona.

—En efecto, Philby; no tiene nada de particular que se interese usted por la propaganda; lo que sí la tiene es que se introduzca usted como un ladrón a altas horas de la noche y forzando las cerraduras. ¿Qué tiene que decir a eso?

—No quise molestarle. Me sabía mal pedirle que me acompañara de nuevo y preferí volver solo.

—¿Acostumbra hacerlo siempre de la misma manera, Philby?

—Ignoro a dónde quiere ir a parar.

—Se lo diré en pocas palabras: no creo lo que me ha dicho. ¿Quién es usted?

—Sidney Philby, el mejor vendedor de automóviles de la City.

—¿Le despierto la memoria, Mayor? —preguntó Jarvis, avanzando hacia el joven con el puño en alto.

—No, Jarvis; espere un poco; la violencia es siempre desagradable, y tengo la completa seguridad de que el señor Philby lo reconocerá así.

Se volvió a él.

—Insisto de nuevo en mi pregunta: ¿quién es usted?

—Pues... si no soy Sidney Philby...

—No le pregunto eso; he querido decir «qué es usted».

—Varón.

La sonrisa se agudizó en los labios del Mayor Pitt y Jim sonrió divertido.

—¿Has oído, Jarvis? —comentó, a poco—. ¿Qué te parece el chico?

—Le romperé la cabeza.

El Mayor prendió fuego a un cigarrillo que extrajo de la pitillera y fumó durante unos minutos en silencio.

—Señor Philby —dijo, acercándose más a él—, su situación no tiene nada de agradable y espero que lo comprenda. Le han sorprendido mis hombres dentro de la fábrica con una pistola en la mano, y es lo suficiente para que pueda proceder contra usted. ¿Entiende?

—Admito que me han sorprendido «sus hombres», Mayor. ¿Quiere decir esto que va a entregarme a la policía?

Ahora, le tocó sonreír a Jarvis.

—¿A la policía? ¡Qué más quisieras tú que te entregáramos a la policía! Lo que vamos a hacer contigo...

—¡Cállese, Jarvis! —cortó el Mayor, fríamente—. Lo que se haga con el señor Philby he de decidirlo yo, y no usted.

Se dirigió al joven:

—Escuche: una de las cosas que podía hacer con usted es ésa precisamente: entregarle a la policía. Otra... dejar que cualquiera de mis hombres le metiera una bala en el cuerpo y llamar a la policía después. ¿Cuál prefiere?

—¿No se le ocurre otra idea, Mayor? Le tenía por más imaginativo.

—También yo le tenía a usted por otra cosa; resumamos: ¿quiere verse libre?

—Aunque no sea más que por devolverle a ese mono de Jarvis la bofetada que me dio, desde luego.

El aludido rechinó los dientes de coraje, pero no se atrevió a hablar.

—Perfectamente, Philby; ¿por qué volvió usted a la fábrica?

—Ya se lo dije antes: por una lata de conserva.

El Mayor tiró el cigarrillo y se volvió de espaldas. Dio unos pasos hacia la puerta, y, al llegar a ella, giró, para decir:

—Le doy de tiempo toda esta noche para que pueda pensarlo. Mañana tendremos una nueva conversación, y confío, en bien suyo, que lleguemos a un acuerdo.

Salió afuera. Desde el umbral, añadió aún:

—Buenas noches, señor Philby; celebraré que tenga un agradable sueño. —¡Jarvis!— dijo a éste. —Encárguese de que no pueda despertar a la vecindad con sus gritos, y váyanse a dormir todos. Diré al guarda que vigile para que no se escape.

Se oyeron sus pasos por el asfaltado piso. Transcurrieron unos segundos en silencio, y luego los cuatro hombres parecieron despertar a una. Jarvis se aproximó al joven, y, quitándole el pañuelo que llevaba en el bolsillo, se lo metió en la boca a la fuerza. Luego le puso otro a manera de mordaza, y una vez que se hubo convencido de que le sería difícilísimo deshacerse de las ligaduras que lo aprisionaban, le golpeó con las dos manos de derecha a izquierda.

—Toma —dijo—. Para que me llames mono otra vez.

Sidney, haciendo un violento esfuerzo, quiso aplicarle un puntapié, pero le fue imposible realizarlo, y a cambio de la intención recibió un soberbio puñetazo en la barbilla que lo lanzó hacia atrás con silla y todo. Al caer oyó la voz de Jim que decía:

—No seas bruto, Jarvis; el Mayor podría enfadarse si se enterara.

Sonaron pasos que se alejaban. La luz se apagó de pronto y la puerta golpeó contra el marco al cerrarse. Rechinó la cerradura y poco después el silencio se Apoderaba del almacén, interrumpido tan sólo por el monótono pasear del vigilante de la fábrica al arrastrar deliberadamente los pies por el asfalto.

Strong abrió la puerta de su casa, y, silbando, comenzó a subir los escalones.

La vida se le presentaba de color de rosa.

Un poco de suerte, y su futuro estaba asegurado. Todo dependía de que las cosas rodaran bien, y él procuraría que no se le torciesen. A mitad de camino lanzó una imprecación en voz baja. ¿Quién habría sido el torpe que se dejó el ascensor en el piso sexto? Al llegar al primer rellano volvió a oprimir el botón de descenso. Nada. El ascensor se había estropeado, o quien salió de él últimamente se dejó la puerta abierta. Volvió a maldecir por lo bajo y emprendió de nuevo la subida por la empinada escalera. Los ojos le relucían, y los pocos *whiskys* que tomó antes de retirarse le dieron un optimismo que el pequeño incidente del ascensor no logró disipar.

Se detuvo un instante para encender un cigarrillo y continuó subiendo los escalones. ¡Maldito ascensor!

Inmediatamente trocó el gesto de disgusto por una sonrisa, y reanudando los silbidos, aceleró la marcha. El ejercicio no le sentaría mal después de todo. Se encontraba tan ágil como si tuviera veinte años, y en realidad cinco pisos no eran gran cosa para un hombre como él.

Lanzó una mirada a lo alto. Le faltaba poco para llegar al suyo. Encima de su cabeza divisó la mole del ascensor, y, conforme había supuesto, la puerta de hierro estaba entreabierta. Maldijo de nuevo, y al llegar a su piso, lanzó un suspiro de descanso. Respiró hondo. Encendió una cerilla, y sacando la llave, se dirigió con ella en la mano hacia su puerta. Al pasar por delante del hueco del ascensor

vio que la de hierro correspondiente al piso se hallaba también de par en par. Dio un gruñido y se volvió para cerrarla. En aquel instante algo duro se le apoyó en el costado y una voz, que le crispó los nervios, le obligó a detenerse.

—¡Quieto!

La cerilla le tembló en la mano y no pudo evitar un estremecimiento que le corrió por la espina dorsal. Las piernas se negaban a sostenerle. Giró los ojos, desorbitados por el miedo, y quedó rígido.

Una risa que le caló hasta la medula llegó hasta él.

—¿No me esperabas, verdad?

Quiso hablar y no pudo. Tenía seca la garganta y la lengua se le pegaba al paladar imposibilitándole para ello. Tan sólo consiguió emitir un sonido inarticulado.

La risa volvió a dejarse oír.

—¡Miserable! No te suponía tan canalla como para matar a un compañero. ¿Sabes lo que voy a hacer contigo?

La cerilla se había consumido del todo y le quemaba los dedos con que la sujetaba. Ni se dio cuenta. El terror que sentía en aquellos momentos era lo bastante como para olvidar el dolor de la quemadura.

Tartajeó:

—Yo... no quise hacerlo. No quise...

—¡Mientes!

La voz que le hablaba era cortante y sin matices.

Resopló y agitó los dedos en el aire, lanzando al suelo la cerilla. La obscuridad le envolvió por completo. Trató de serenarse sin conseguirlo y aprovechándose de la oscuridad, quiso bajar las manos. La presión en su costado se hizo mayor y la misteriosa voz le detuvo.

—Como intentes bajar las manos será lo último que hagas en tu vida.

Rompió a sudar. Las piernas, le temblaron de nuevo.

—Te juro que no era a ti a quien...

La presión en el costado se hizo dolorosa.

—Una palabra más y disparo. ¡Contesta! ¿Quién te mandó hacerlo?

—El Mayor.

—Sigue.

—Quería desembarazarse de ti aprovechando el incidente que provocaste en el baile con Philby. Todos lo vieron y...

—¡Ya! Le cargaría a él el muerto, ¿no?

—Eso quería.

—Y tú te prestaste a asesinarme, ¿verdad? Sabía que eras un cobarde, pero no un traidor. ¡Perro!

—¿Qué vas a hacer? Si quieres...

No pudo seguir hablando. El hombre que se hallaba tras él le empujó violentamente y se sintió lanzado hacia adelante. Un grito ronco se le escapó de la boca. Manoteó el aire aparatosamente y cayó de cabeza por el hueco del ascensor. El alarido que brotó de su garganta al encontrarse en el vacío pareció confundirse con el tremendo golpe que resonó abajo sobre el piso de cemento. Siguió un silencio espantoso.

Luego comenzaron a abrirse puertas y a darse luces. Varias voces hablaron a la vez y la confusión que surgió a los pocos minutos fue indescriptible.

En el interior del piso de Strong, y pegada a la puerta, la alargada sombra de un hombre permanecía al acecho. Sus ojos brillaban en la oscuridad y una risa siniestra le brotaba de los labios.

CAPÍTULO VI

Hacía tiempo que los últimos ruidos de la fábrica se habían desvanecido. Sidney calculó que debía ser de noche o estar próxima ésta, y reanudó sus esfuerzos por soltarse de las ligaduras que cada vez se le clavaban más en la carne. Tenía los músculos doloridos a causa de la violenta postura en que se encontraba y los barrotes de la silla le martirizaban horriblemente.

De pronto sintió que algo cedía y arreció en sus esfuerzos. Tuvo necesidad de permanecer quieto unos instantes para respirar. El corazón le golpeaba velozmente y sentía en el pecho una opresión extraña. Los pulmones le funcionaban forzados y la mordaza le asfixiaba casi. De continuar mucho tiempo en aquella situación terminaría por perder las pocas fuerzas que aun conseguía mantener.

Prestó oído. Sonaron pasos fuera. Éstos se fueron acercando hasta detenerse junto a la puerta, y la llave chirrió en la cerradura. Alguien dio la luz, y cerró los ojos. Se sintió levantado de nuevo, y cuando entreabrió los párpados, fue para hallarse frente a frente del Mayor y de los hombres que le atacaron la noche antes.

Aun, tuvo ánimos para dejar asomar a sus pupilas una divertida luz.

—Quítele la mordaza, Jarvis.

Permaneció quieto mientras le libraban de ella y respiró a pleno pulmón al sentirse libre de aquel obstáculo.

Sopló. El Mayor sonrió irónico.

—Parece que lo necesitaba, ¿no es así, señor Philby?

—Un poco, lo confieso.

—También yo. Y ahora, dígame: ¿Cómo pasó la noche?

—Divertido. Estuve contando los pasos que dio el guarda, delante de la puerta y no tiene usted idea del número de ellos. ¿Quiere que se lo diga?

—No, prefiero ignorarlo.

—¿Tampoco le interesa saber si fueron pares?

—Lo que me interesa saber es por qué entró usted anoche en la fábrica. ¿Va a decírmelo?

—¿Qué hora es?

El Mayor arqueó las cejas.

—¿Trata de ganar tiempo?

—No; lo pregunto únicamente por curiosidad. Hasta la fecha no he tomado alimento alguno y me agradecería saber las horas que aun podré resistir sin desmayarme.

Volvió a sonreír el Mayor.

—Observo que no ha perdido el humor desde anoche y lo celebro por usted. Reconozco que es de la clase de hombre que me gusta y culpa suya será si no nos entendemos. No podría olvidarle si le ocurriera algún contratiempo... imprevisto.

—Verdaderamente sería una lástima.

El Mayor Pitt se aproximó a él.

—¿Quiere ser sincero conmigo?

—Nada me cuesta.

—Conteste: ¿Qué vino a buscar?

—Ya se lo dije.

—¡Bien! Observo que nada conseguiremos por este lado; empecaremos por otro.

—¿Me deja usted a mí, Mayor? —preguntó Jarvis adelantándose.

Aquél le lanzó una mirada que tuvo la virtud de clavarle en el sitio. Sidney entreabrió los labios con una sonrisa.

—¡Déjele! El pobrecito mono quiere divertirse un rato ahora que puede. Dele gusto. Es fácil que ejercitándose conmigo consiga aprender a emplear las dos manos.

Jarvis le dirigió una mirada asesina, pero retrocedió de nuevo. El joven le lanzó otra pulla.

—¿Qué, no te atreves, simio?

—Escuche, Philby: Estoy seguro de que su encuentro con Dan aquella noche no fui tan casual como creíamos. ¿Quién le envió allí?

—Un agente, Mayor; por muy borracho que esté, no confunde nunca a un policía con una niñera.

—¿Por qué siguió a Peyton hasta el club?

—Le había invitado a unos Martini.

—¿Nada más que por eso?

—Que yo sepa...

—¿Le pagan mucho en Whitehall por dedicarse a... «estos trabajos»?

Sidney sonrió ahora humorísticamente.

—Si me ha confundido, Mayor, lo siento por usted; está perdiendo el tiempo.

—Se equivoca, Philby; mi tiempo me pertenece y sé hacer de él buen uso. Lo que me disgusta es que no se haya dado cuenta. Los espías no han sido nunca de mi agrado, aunque reconozco que hay algunos que se merecen más suerte de la que usted ha tenido hasta la fecha.

—No puedo quejarme.

—Luego reconoce que es espía, ¿no?

—No invierta los términos, Mayor, se lo ruego.

Éste se sacudió el imaginario polvo de una solapa. No había perdido la compostura y sus ojos continuaban risueños y alegres.

—Podríamos llegar a un acuerdo, si usted quisiera, Philby; ya le dije en otra ocasión que necesito un hombre como usted, y estoy seguro de que haría carrera a mi lado. Si me promete olvidar la misión que le encomendaron hacer y desaparece su interés por mis latas de conservas y por mis anuncios de propaganda...

—Continúe.

—La vida le sonreiría y brindaríamos en el bar por un mundo mejor.

—¿Nada más que eso, Mayor? Me decepciona. La vida no ha dejado de sonreírme, y en cuanto al brindis, no tardaré en hacerlo. Tan pronto como me vea libre me acercaré al bar para recordárselo.

—Temo que no podrá darse ese placer, amigo mío. ¡Es lástima!

Entornó los ojos. Una fina sonrisa apareció en su boca, y continuó, recreándose en el efecto que sus palabras pudieran causar en Sidney:

—¿Sabe que hizo usted furor anoche en el sexo femenino?

Esperó unos segundos.

—Mi hija —añadió a poco— no ha dejado de preguntar por usted durante todo el día y se muestra altamente alarmada por su

desaparición. ¡Ya ve usted! Una promesa nada más y podría volver a verla, y quién sabe si...

Dejó la frase en suspenso, sacudiéndose de nuevo la solapa.

—¿No me dice nada, Philby? Como padre que soy me alegraría dar una sorpresa a mi hija diciéndole que estaba usted conmigo y que podía venir a verle. ¿Qué me contesta?

—Que le estoy muy agradecido. Tenía la vaga esperanza de que su hija no me hubiera olvidado del todo, y espero que le dé usted las gracias en mi nombre cuando hable con ella.

—No lo haré, Philby, a menos que se avenga usted a las condiciones que estipulé antes. Por el contrario, cuando vuelva a llamar, ya que de dije que lo hiciera, asegurándole que probablemente tendría noticias tuyas, me limitaré a decir que sigo sin ellas y a inculcar en su cabecilla la idea de que usted haya desaparecido de Londres. ¿Qué le parece?

—¡Magnífico! Es lo mejor que puede hacer en mi honor y lo tendré en cuenta para la próxima vez que nos veamos. ¿Qué hace que no la llama?

—Estoy esperando que usted me diga lo que vino a buscar aquí.

—¡Bah! ¿Eso tan solo? Creí que lo había adivinado.

El Mayor apretó los dientes. Su sonrisa se hizo helada y contrajo un segundo los músculos faciales.

Le miró de hito en hito.

—Ahora me doy cuenta de que es usted muy joven, señor Philby; muy joven y muy loco. Tengo la esperanza de que no le hagan sufrir mucho y lamento haberle conocido. Adiós.

Le volvió la espalda dirigiéndose hacia la puerta.

—Hasta la vista, Mayor; salude a la señorita.

Éste se detuvo, y mirándole por encima del hombro, dijo, sarcástico:

—Hasta la vista no, Philby; usted no me volverá a ver, aun cuando vaya a identificarle. Está seguro.

La puerta se cerró de nuevo al apagarse las luces. Se oyeron los pasos de los que se alejaban y el joven se debatió violentamente en la silla. Necesitaba verse libre cuanto antes, si quería tener una probabilidad de salir con vida de la situación en que se había metido.

El Mayor Pitt se dejó caer en el sillón y sus ojos miraron fijos a

los cuatro hombres que le acompañaban.

Tabaleó con los dedos sobre la carpeta de su mesa despacho.

—¿No ha llegado Strong aún?

Jarvis movió la cabeza negativamente.

—No se le ha visto hoy por el club ni por la fábrica, Mayor. ¿Le dio usted algún encargo especial?

—¿Por qué lo pregunta?

Jarvis parpadeó visiblemente nervioso, antes de responder:

—Lo digo porque Peyton tampoco ha venido, y parece un poco extraño.

—Todo es extraño, Jarvis. ¿Qué noticias hay del puerto?

—Ninguna; el barco continúa en el muelle y nada se sabe referente a su marcha. En el Lloyd ignoran cuándo zarpará el buque.

—¿Sigue la vigilancia de la mercancía?

—Lo mismo que antes; esta mañana estuve para cerciorarme de ello y relevar a los hombres que se quedaron ayer.

—¿Dijeron algo?

—Nada, Mayor; pasaron una noche tranquila.

Éste miró de nuevo a sus hombres. Se levantó del sillón y comenzó a pasear por el despacho. De pronto repiqueteó el timbre telefónico.

En dos zancadas se aproximó al receptor y se lo llevó al oído.

—Hablen.

—¿Eres tú, papá?

—¡Hola, querida! Sí, soy yo.

—¿Tienes noticias del señor Philby?

—En absoluto. Las últimas esperanzas que tenía las he perdido, y créeme que lo siento. Ignoro dónde pueda estar.

—¡Como me dijiste...!

—¡Sí, sí, ya sé! Pero vamos, querida, no debes de inquietarte por ello. Lo más probable habrá sido que no haya querido aceptar mi oferta y no se sintiera con fuerzas suficientes para decírmelo. Lo siento por él, pequeña, parecía inteligente Sidney.

—¿No sabes dónde podrá estar? —lloriqueó Mary por teléfono.

—No, ya te lo he dicho.

Colgaron. El Mayor lo hizo a su vez y se volvió de cara a sus hombres.

—Jarvis, hasta que llegue Strong usted asumirá el mando y recibirá mis órdenes. En primer lugar se ocupará de que ese maldito agente del Gobierno desaparezca para siempre en la forma que le dije. ¿Entendido?

—Sí, Mayor.

—Usted, Jim, reemplazará a Peyton... temporalmente. Su labor ya le diré en lo que consiste cuando llegue el momento de actuar.

Clavó las pupilas en Holman y en Rawson, y el primero de ellos se estremeció encogiéndose en la butaca. El Mayor sonrió con desprecio, sin dejar de mirarle.

—No quiero cobardes a mi lado, Holman; es la primera vez que se lo digo y será la última. No me sirven.

Les volvió la espalda. Dio unos cuantos paseos y se detuvo sorprendido al oír sonar estridentemente el timbre del teléfono.

Se dirigió a la mesa y cogió el auricular.

—Diga.

Se hizo un profundo silencio en el despacho, durante el cual los cuatro hombres trataban de adivinar, por las palabras que pronunciaba el Mayor, el significado de la conferencia telefónica. No pudieron lograrlo. Apenas si dijo dos o tres monosílabos durante todo el tiempo que permaneció con el receptor en el oído. Le vieron colgarlo lentamente y les pareció que su mano temblaba. Se miraron sorprendidos. Iniciaron un gesto para levantarse y acudir a él, pero en aquel momento se incorporó y les dio la cara. Jarvis, se alzó al punto de la butaca seguido de Jim, mientras Holman abrió los ojos como si no estuviese seguro de la transformación que veía en el rostro de su jefe. Éste rechazó con un ademán la ayuda que querían prestarle los que se le acercaban, y dando la vuelta a la mesa, se dejó caer en el sillón. Durante unos segundos permaneció con los párpados entornados y la mirada fija. Estaba pálido y demudado, gruesas gotas de sudor le corrían por la frente y la mano que se llevó al bolsillo en busca de la pitillera temblaba. Los hombres se habían puesto de pie y se le acercaron en silencio. El Mayor oprimió un timbre. La puerta se abrió al instante y James apareció en el umbral, sobresaltando con su presencia a Tim y a Holman, quienes volvieron la vista con rapidez.

—Un *whisky*, pronto.

Se retiró el camarero. Los hombres volvieron a sentarse,

interrogando al Mayor con la mirada. Éste se repuso en breve, y cuando entró de nuevo James con lo pedido, había vuelto a ser el mismo que era. Únicamente desmentía su engañosa calma el pronunciado brillo de sus pupilas y la tensión que se adivinaba en todos sus músculos.

Prendió con mano firme el cigarrillo y se llevó la copa de *whisky* a los labios. Miró uno por uno a sus hombres. Una sonrisa despiadada asomó a su boca, y expeliendo el humo con lentitud, habló con un tono de voz reposado, que causó escalofríos:

—Era la policía. Han encontrado el coche de Peyton abandonado en una callejuela, con huellas de sangre. Strong...

Se detuvo, y sus pupilas abarcaron a los que le escuchaban, como si quisiera recrearse en el efecto que iba a producir.

Continuó:

—Strong ha sido hallado muerto. Cayó por el hueco del ascensor, desde el quinto piso de su casa.

Mary, con la tarjeta que le dio Sidney en la mano, volvió a marcar.

Aguardó impaciente unos segundos hasta que llegó a ella la señal telefónica. Habló rápidamente:

—¡Oiga! ¡Oiga!

—Diga.

La voz que escuchó era firme y serena.

—Quiero decirle algo.

Se detuvo. No sabía cómo empezar y las palabras se le atropellaban para salir.

—El señor Sidney Philby, ¿me oye?

—Sí, sí, diga.

—El señor Sidney Philby me dijo que llamara a ese número...

—¿Dónde está él?

—No lo sé, por eso le llamo... Él me dijo... que si no me telefoneaba...

—Por favor, señorita. ¿Quién es usted?

—¿Yo? Mary Pitt. Hija del Mayor Pitt. Lo que quiero decirle...

—Un segundo, señorita, no se altere. ¿Llama usted desde su casa?

—Sí, sí señor.

—¿Está el Mayor con usted?

—No. Él no sabe nada de...

—Entonces escuche: Dentro de cinco minutos se detendrá frente a la puerta de su casa un coche. La espero en él, y por el camino me dará el recado que le dejó Philby. ¿Entendido? Un «Sedan» negro, ¿comprende? Dentro de cinco minutos.

Cortaron la comunicación. Mary colgó el auricular y se levantó de la butaquita como empujada por un resorte. Echó a correr por la sala con dirección a su cuarto. A los pocos minutos bajaba, corriendo las escaleras, y al tiempo de llegar a la calle, resonaba en sus oídos la perentoria llamada de un claxon haciendo señales intermitentes.

Se detuvo en la acera esperando que el coche se aproximara. Un hombre iba al volante y le sonrió a la vez que abría la portezuela. Penetró dentro del vehículo, y éste se puso en marcha, lanzándose a toda velocidad.

Detrás de él iban otros dos autos, y los conductores aceleraron para no perderle de vista.

CAPÍTULO VII

Jarvis bajó los escalones que conducían a la fábrica, con la sonrisa en los labios y acerados reflejos en las pupilas.

Se llevó la mano al bolsillo para asegurarse de que no se había dejado la pistola, y al pisar la anchurosa nave, llegaron hasta él los pasos del guarda que hacía la vigilancia nocturna.

Siguió andando. Se cruzó con él y le saludó con un movimiento de cabeza.

—¿Quiere que le acompañe?

Se volvió.

—No, gracias, muchacho; para lo que he de hacer puedo valerme solo.

Sonrió siniestramente, como si hubiera hecho un chiste, y continuó andando. De nuevo se aseguró de que llevaba la pistola, y metiendo la mano en el bolsillo, oprimió la culata acariciándola. Le chispearon los ojos. ¡Si supiera el guarda la clase de trabajo que iba a realizar!...

Al llegar ante la puerta del almacén donde estaba Sidney se detuvo, y tardó cierto tiempo en meter la llave en la cerradura, recreándose en la intranquilidad que con ello proporcionaría al joven. Hízola girar con lentitud, y cuando consideró que había tardado el tiempo suficiente para poner nervioso a su prisionero, empujó la puerta. Franqueó el umbral y, a tientas, buscó el conmutador de la luz. Ya lo tocaba con los dedos, cuando una mano le asió por la garganta con irresistible fuerza y se sintió impelido al interior, incapaz de proferir el más leve grito.

Se llevó la mano al bolsillo en busca de la pistola, pero otra mano sujetó la suya por la muñeca retorciéndosela violentamente. Oyó el ruido de la puerta al cerrarse y luchó como una fiera en la obscuridad, tratando de asestar un golpe con eficacia. Inútil todo. En su garganta sentía la presión de unos dedos como garfios, y

cuando quiso emplear los pies notó que la respiración le faltaba. Forcejeó por desasirse, por librarse del dogal de acero que le tenía al borde de la asfixia, por mantenerse de pie sin cesar en el forcejeo que cada vez se iba haciendo más angustioso, más terrible, más débil. Abrió la boca, con ansia para llenar de aire los pulmones, y éste no llegó a ellos. Le fallaron las fuerzas y, manoteando, en un último intento por verse libre, perdió el sentido.

Cuando abrió los ojos, la luz estaba dada. Ante él, y mirándole con despiadada sonrisa, vio a Sidney.

Quiso llevarse las manos al cuello. Entonces se dio cuenta de que se hallaba atado a la misma silla que ocupara el joven y que éste se disponía a emplear con él la mordaza de la noche anterior.

Rechinó los dientes y se resistió a abrir la boca.

—¡Vamos, mono! ¿Quieres estarte quieto?

Clavó en Philby la mirada de sus turbios ojos y abrió la boca de pronto con ánimo de lanzar un grito que fuera oído por el vigilante.

La voz se le ahogó en la garganta. Sidney esperaba aquello y le introdujo el pañuelo con rapidez hasta el punto que Jarvis giró los ojos en las órbitas a pique de ahogarse.

—¿Te gusta el silenciador, mono? Yo de ti me estaría quietecito, ¿sabes? Tengo bastante prisa y no quisiera hacerte ninguna caricia antes de marchar. Me contento con verte ocupando mi sitio hasta que pueda proporcionarte una jaula en condiciones.

Se aproximó a él, y atándole otro pañuelo, alrededor de la boca le dio un papirotazo en la nariz como despedida.

—Hasta que nos volvamos a ver, simio.

Se apagó la luz. Escuchó un momento con ansiedad. Los pasos del joven se perdían a lo lejos confundidos con los del vigilante.

El Mayor penetró en su despacho seguido de Jim.

Indicó a éste una de las butacas mientras él iba a tomar asiento en el sillón junto a la mesa.

Tabaleó un segundo con los dedos.

—Hay que prevenir con tiempo las cosas —dijo—. No me gusta el cariz que toman en estos momentos y es preciso que hagamos algo.

Se calló para fijar la mirada en los ojos de su interlocutor.

—Mañana se pondrá en camino, Jim; es necesario que se ponga en contacto con nuestros agentes de la costa y les diga lo que

sucede. Mientras el barco no salga del puerto no estaré tranquilo, y hemos de movernos. ¿Qué contesta?

—Haré lo que sea, Mayor; aunque no conozco a ninguno, espero que no será difícil si me dice dónde debo encontrarlos y cómo llegar hasta ellos. Peyton era el único que se entrevistaba con los agentes y nunca dijo nada ni le pedimos explicaciones. No era hombre a quien se le pudiera arrancar una sola palabra.

—De acuerdo. Usted ocupará su lugar y creo que lo hará bien. Más tarde concretaremos la hora y le daré las últimas instrucciones.

—¿Cree que aparecerá Peyton?

—Lo dudo, como no sea muerto.

—Se equivoca, Mayor.

La puerta del despacho se abrió de golpe y Dan apareció en el marco. Llevaba una pistola empuñada, y la sonrisa que dirigió al Mayor fue escalofriante.

Éste no pudo evitar una crispación violenta.

Peyton avanzó hasta situarse frente a los dos hombres, sin dejar de apuntarles con el arma. La puerta se cerró suave.

Siguió un silencio mortal y Jim parpadeaba confuso sin explicarse lo que ocurría.

—¿Qué demonios...?

Un gesto de Dan le obligó a cerrar la boca.

—¿No me esperaba verdad, Mayor?

Éste no había pestañeado desde la entrada en su despacho de Peyton, aunque se había acentuado la palidez de su rostro.

Contestó con voz firme:

—No, no le esperaba.

—Pues ya ve que he venido. ¿Sabe a qué?

—Lo supongo.

—Me llevé chasco con usted, Mayor —dijo con despectivo tono a la vez que retrocedía unos pasos—. Le suponía un hombre y no un cobarde.

—¿Pero quieres explicarme, Dan...?

—¡Cállate tú, Jim! A su debido tiempo lo sabrás todo. Es por el Mayor por quien vengo y no por ti... si es que no andabas metido en el ajo.

Aguardó unos instantes antes de continuar:

—¿Le dieron la noticia?

—No sé a qué noticia se refiere, Peyton.

—¿No la sabe, eh? Me refiero a Strong. Ese canalla no sirvió para asesinar a Philby ni tampoco para asesinarme a mí; en las dos ocasiones le tembló la mano.

—Cierto, no servía.

—Dio un bonito salto, Mayor; cinco pisos de golpe. No creo que sufriera mucho.

Esperó unos segundos.

—El trabajito no estaba mal ideado; desde luego; Strong me pegaba un tiro y Philby cargaba con el difunto. ¿Se le ocurrió todo en el baile, Mayor?

—Se equivoca, Peyton; prensé matarle la tarde que le sorprendí en este despacho a solas con mi hija.

—¡Aah! ¿De modo que fue por su hija? ¡Vamos! No le suponía a usted tan escrupuloso de conciencia. Y, ahora, ¿qué piensa hacer, Mayor? ¿Seguirá protegiendo a su hija desde la tumba?

—Aún no hemos terminado, Peyton.

—¿No? Es verdad, aún no hemos terminado. Antes de apretar el gatillo... ¡Las manos quietas, Mayor! Ese timbre lo tocaré yo, pero más tarde.

Sonrió con sarcasmo.

—No quiero que nos interrumpan ahora; la conversación va siendo interesante y...

Los cortinajes situados a sus espaldas se abrieron para dar paso a Sidney.

Éste empuñaba una automática y sus claros ojos parecían más ingenuos que nunca. Peyton presintió algo e intentó volverse, pero el joven no le dio tiempo.

—¡Quieto, Dan! Un movimiento tan solo y le doy gusto al dedo. Tire la pistola.

Peyton crispó las mandíbulas y por unos momentos pareció dispuesto a vender cara la vida. Luego hizo un gesto despectivo, y fijando la vista en el Mayor exclamó, acentuando el desdeñoso rictus de su boca:

—¡Bonita jugada! ¿Es cosa suya, Mayor?

El arma de Sidney se le clavó en los riñones.

—Tire el «cacharro», Peyton; no me gustaría repetírselo.

La pistola golpeó el suelo del despacho. Aquel momento lo

aprovechó Jim para sacar un arma, poniéndose rápidamente en pie. Sidney dio un salto atrás al tiempo que disparaba, y Jim volvió a caer sobre la butaca, llevándose las manos al vientre.

El joven vio el movimiento felino que hizo Peyton al apoderarse de la pistola que había tirado, y desvió la suya para disparar. No tuvo ocasión de hacerlo. La puerta del despacho se abrió con rapidez insospechada y James, el silencioso camarero, apareció en ella haciendo fuego a una velocidad increíble.

Dan se tambaleó al recibir el plomo en el pecho y su mano se agarró convulsa al brazo de la butaca que tenía al lado. La pistola se le escurrió de entre los dedos al tiempo que Jim, con desorbitados ojos, murmuraba en un susurro:

—Ya decía yo que era una serpiente.

De pronto las pupilas de Peyton se dilataron por el terror, y el Mayor Pitt medio se incorporó en el sillón, agarrándose al borde de la mesa con ambas manos.

Detrás de James habían hecho su aparición dos hombres y una mujer. Ella era Mary, y uno de los dos hombres, precisamente el que en aquel instante avanzaba hacia Dan con acusador aspecto, era un anciano pequeñito y apercaminado que clavaba sus ojillos en él, recriminadores.

—¡Adams!... —balbució Peyton desplomándose en la butaca—. Adams... yo...

Volvió sus aterrorizadas pupilas hacia el Mayor Pitt y terminó antes de caer de costado:

—Lo hice... porque él me mandó hacerlo... Yo no quería... matarle.

A estas palabras siguió un profundo silencio, que fue alterado por Sidney al dirigirse al hombre que acompañaba a Mary y que en aquel instante la sujetaba por un brazo, para evitar que se desmayase.

—A tiempo ha llegado, jefe.

Se volvió al Mayor para decir con la mejor de sus sonrisas:

—Permita que le presente a mi superior el Agente X 3 del «Intelligence Service», adjunto al servicio de contraespionaje inglés M. I. 5. Sospecho que no lo habría adivinado.

Volvió a imperar el silencio. Mary se desprendió del Agente X 3 y corrió a refugiarse en los brazos del Mayor. Éste se había puesto

de pie para recibirla y la acariciaba amoroso.

Philby, al oír sollozar a la joven, se pasó la lengua por los labios y movió la cabeza.

—Jefe —dijo a poco—. Vi la fábrica. En la imprenta encontrarán...

—Lo sé todo, Sidney; el señor Adams nos ha informado de lo que queríamos saber. Las noticias las enviaban al dorso de las etiquetas que ponían en los envases.

Se dirigió al camarero:

—James, vea si los muchachos han terminado; para lo que queda por hacer nos bastamos Philby y yo.

Adelantó unos pasos hacia el centro de la escena mientras hacía un significativo gesto al Mayor, quien, comprendiéndolo al punto, salió del despacho con Mary agarrada a él desesperadamente.

Llegaron al bar. Holman y Rawson se hallaban rodeados de varios agentes, y Gibson, el barman, miraba con asustados ojos cuanto a su alrededor sucedía.

El Mayor miró a Sidney un segundo. Luego le dedicó una de sus agradables sonrisas, y dando un beso a Mary la apartó cariñosamente de su lado.

—Señor Philby, le felicito; razón tenía cuando me dijo en la fábrica que la vida no había dejado de sonreírle. ¿Qué hace que no me recuerda el brindis que le prometí entonces?

—Mayor, no es ésta la ocasión más oportuna para que brindemos.

—¿Por qué no? No lo he olvidado y si me lo permite cumpliré mi palabra. Recuerde que será la última vez que lo hagamos juntos.

Sidney miró al Agente X 3 y éste le hizo un gesto de aquiescencia.

Se aproximaron ambos a la barra. El Mayor cambió una sonrisa con Mary, quien se les había acercado, y pidió:

—Gibson, pon *champagne*; la solemnidad del acto lo requiere.

Llévose con naturalidad la mano al bolsillo, sacando la pitillera.

—¿Un cigarrillo?

—No, gracias.

Se oyó el ¡clip!, de la pitillera al cerrarse. El Mayor cogió la copa que Gibson había puesto delante de él y se volvió un segundo hacia Sidney, dando la espalda a los agentes, quienes no perdían ni uno

solo de sus movimientos.

La levantó en alto, chocándola contra la que el joven tenía.

—A su salud, Philby; porque consiga muchos éxitos y porque cuide de mi hija como yo lo hice hasta la fecha. Ella le quiere y usted no la quiere menos. Que sean felices los dos.

Bebió lentamente, sin apartar un segundo los ojos de Mary. Dejó la copa encima del mostrador y se volvió a los agentes con una sonrisa en los labios. Vaciló. Se llevó una mano a la garganta como si se asfixiase, y antes de que hubieran podido acudir a él se desplomó al suelo.

Mary dio un grito espantoso y hubiera caído de no haber sido por Sidney, quien la sujetó entre sus brazos. Uno de los agentes se había inclinado sobre el cuerpo del Mayor, y al ver la mirada que el joven le dirigía murmuró, al tiempo que se levantaba:

—Se ha envenenado.

Philby, atendiendo a una indicación de su jefe, echó a andar, llevando a Mary, con dirección a la puerta. Antes de salir vio llegar hasta ellos a otros agentes conduciendo a Jarvis y al vigilante de la fábrica.

Detuvo el automóvil junto al bordillo.

Mary se había repuesto un tanto, por más que las lágrimas continuaban corriendo por sus mejillas. Abrió la portezuela y la ayudó a salir del coche. Juntos entraron en el edificio sin cambiar palabra.

Ya en la salita desde la cual telefoneó la joven horas antes, se dejó caer en un diván mientras Sidney, a su lado, la contemplaba en silencio.

Los sollozos estremecieron el pecho de ella, y el llanto se agolpó a sus pupilas. Hundió la cara entre las manos. Él se le acercó solícito, y tomando asiento en el diván la pasó un brazo por la cintura, estrechándola fuertemente.

Musitó a su oído:

—¡Cálmate, Mary, cálmate! No puedo verte llorar. Te juro que habría sido capaz de hacer cualquier cosa por evitarte el disgusto que has sufrido. No me lo perdonaré nunca.

Alzó la joven sus llorosos ojos.

—¿Por qué me engañaste?

—¿Yo?

—Sí, tú; dijiste que eras vendedor de automóviles, que estabas enfermo, que no tenías trabajo, y... y...

—Tienes razón, Mary; te engañé... de la misma forma que te engañaron otros; de la misma forma que te engañó la persona que te quería más en el mundo, pero... a él no pude engañarle nunca. ¡Nunca! ¿Lo oyes? Desde el primer instante se dio cuenta de que te quería y... no sabes cuánto lamento haber sido el causante de...

—¡No! ¡Eso no, Sidney! Tú no fuiste; no digas que fuiste tú, porque terminaría por volverme loca. No puedo llegar a creer que tú... tú... ¡Oh! Fue horrible. ¡Horrible!

Sonó el timbre del teléfono. Sidney se abalanzó a él, cogiendo el auricular.

Se lo llevó al oído.

—Diga.

Escuchó durante unos instantes. Luego lo colgó de nuevo y se volvió hacia la muchacha.

—Me llama mi jefe. Me espera en su despacho y voy a acudir a él ahora mismo. He reflexionado largamente y estoy decidido a terminar de una vez con esta profesión tan... endiablada. No sé lo que haré de ahora en adelante ni me importa. Adiós, Mary. Dentro de diez minutos estaré en su despacho, y si para entonces no he recibido una llamada tuya, consideraré que no quieres verme más y me enrolaré en el ejército con destino a cualquier punto de Europa. No puedo, verte sufrir. Adiós otra vez y te juro que estoy dispuesto al mayor sacrificio por hacerte la más feliz de las mujeres.

Se inclinó sobre ella para besarla en la frente. Salió de la estancia con torpes pasos y segundos más tarde se hallaba dentro de su automóvil, conduciéndole a buena velocidad por el centro de la City. Unos minutos después, y ya en el despacho de su superior, repiqueteó el timbre: telefónico, y aquél le tendió el «micro», tras escuchar unas palabras.

Sidney se lo llevó al oído y sus ojos brillaron con inusitada alegría.

Una voz, que se le antojó deliciosa, había dicho al otro extremo del cable:

—Ven.

FIN

Misión en los Balcanes

es el título del próximo volumen de la colección

SERVICIO SECRETO

Se trata de una verídica y apasionante historia de contraespionaje, que se inicia en el marco turbulento de Yugoslavia, en vísperas de la invasión, y finaliza con una acción centelleante de los Comandos.

ERNIE PARKER

autor de estilo dinámico y vigoroso, describe en

Misión en los Balcanes

las hazañas de un hombre superdotado—amado por una mujer y odiado por otra—, que tiene en jaque a sus poderosos enemigos, arrebatándoles preciosos secretos de guerra en una lucha sorda y encarnizada, a través de un alucinante torbellino de asecchanzas.

MISIÓN EN LOS BALCANES

es una narración de interés excepcional, forjada a base de documentos pertenecientes a los archivos del "Intelligence Service".

¡Reserve su ejemplar con antelación!

COLECCION SERVICIO SECRETO

TITULOS PUBLICADOS

1. — La brigada de los suicidas. *Peter Debry.*
2. — Entre tinieblas. *Jack Gray.*
3. — Servicio especial. *Tony Wanton.*
4. — Sirenas tropicales. *Peter Debry.*
5. — El hotel de los crímenes. *Jack Gray.*
6. — Los cuatro ases. *Peter Debry.*
7. — La noche de Bright Garden. *A. Rolcest.*
8. — El castillo de los ahorcados. *Peter Debry.*
9. — Contraespionaje. *Tony Wanton.*
10. — Peccos de platino. *Peter Debry.*
11. — La hiena blanca. *Jack Gray.*
12. — Gangsters en Casablanca. *Peter Debry.*
13. — Una mano en la sombra. *F. P. Duke.*
14. — Valses trépidos. *Peter Debry.*
15. — La linécula de cristal. *Kent Miller.*
16. — Los buitres negros. *Peter Debry.*
17. — El monstruo. *Jack Gray.*
18. — En busca de una cabeza. *Peter Debry.*
19. — El gas R 630. *Kent Miller.*
20. — La atómica en Hollywood. *Peter Debry.*
21. — La onda mortal. *Kent Miller.*
22. — Misión en Extremo Oriente. *A. Rolcest.*
23. — La zorra del desierto. *Tony Wanton.*
24. — La bella del Bósforo. *Peter Debry.*



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

